LOS TITERES DEL
MAL
JORGE J. PINILLA TENAS

LOS TÍTERES DEL MAL

Jorge Javier
Pinilla Tenas

© Jorge Javier Pinilla Tenas 2022.

Diseño de portada y contraportada: Jorge Pinilla y Eva Sarnago.

Diseño gráfico de portada y contraportada: Eva Sarnago.

Contraportada: El Ángel Bueno y el Ángel Malo (The Good and Evil Angels), acuarela, William Blake.

Maquetación e impresión: Sanmigrafic

Depósito Legal: DL NA-912-2025

ISBN: 978-84-09-72370-6

“A mis padres, Cristina y Santiago”

PRIMERA PARTE

1.

Primavera de 2018

El calor que su cuerpo generaba al trepar y subir por el sendero le proporcionaba ese bienestar del que tanto gozan los que aman y practican el deporte, el que aporta la vitalidad. El jadeo le hacía sentirse poderoso, capaz, vivo.

El día había nacido frío y densamente nublado, un gris rebosante de humedad se abría frente a él. El aire espirado dibujaba una diminuta nube blanquecina que desaparecía lentamente tras su paso. David Sesma se detuvo unos instantes. Apoyó el peso de su tronco sobre una de sus piernas dobladas y contempló el paisaje que se abría ante él. Las cumbres más altas estaban tapadas por las abundantes nubes que inundaban el valle. Apenas podía ver el cauce del río, de caudal crecido y desbordado en algunos tramos. Era hermoso, muy hermoso. Inspiró lentamente y varias veces seguidas con el fin de degustar esa mezcla de olor a humedad, roca y bosque que le apasionaba. Se giró hacia atrás y divisó la ruta que había recorrido. Allá, a lo lejos, una figura subía siguiendo el mismo trayecto. Deseaba estar a solas, así que no se alegró al descubrir que no tardaría en tener compañía.

Decidió emprender de nuevo el ascenso. El sendero se hizo cada vez más estrecho. Algunos tramos desaparecían entre las cada vez más numerosas rocas. Salió del camino al vadear un risco formado por rocas de perfiles redondeados, pulidas por años de intemperie y clima de montaña.

Al cabo de un rato se percató de que trataba de huir de aquella persona que recorría, como él, aquellos parajes. Pensó que este comportamiento constituía un exceso de celo, pues había permanecido ya más de media mañana en una soledad absoluta. Resolvió que era ya hora de descansar. Con un *click*

soltó la cinta que ceñía la mochila a su pecho y se desembarazó de ella. Un ligero alivio recorrió su espalda tras librarse de las riendas y el peso de la bolsa de avituallamiento y equipo básico de supervivencia.

Se sentó sobre una roca plana y se dispuso a almorzar el pequeño bocadillo que se había preparado horas antes en la cocina. Se lo terminó en un santiamén, pues más que comer, lo devoró. Sin haber terminado de masticar el último pedazo, se irguió para tratar de ver al desconocido que creía se estaba aproximando. Ni un alma pudo otear por ninguna parte. Volvió a sentarse y desenroscó la cantimplora forrada que todo montañero lleva en la mochila. Bebió varios tragos consecutivos y perdió su vista en el horizonte.

Prosiguió la marcha. Se acercó a un peñasco y se inclinó con prudencia para observar el estado de la ruta que iba a seguir. Conocía bien la zona, pero en la montaña el relieve puede cambiar rápidamente. Una roca desprendida, una rama partida, presencia de hielo...apenas podía ver la parte más delicada de aquel tramo. La experiencia de tantos años le impulsó a continuar. Aquel peñasco estaba formado por estratos de rocas sedimentarias de formas onduladas. La erosión había escavado una repisa por la que era sencillo pasar. Quizás por ello se posicionó mirando hacia el barranco, con la espalda apoyada sobre los peñascos. Constituía una acción en apariencia carente de peligro y por lo tanto no había motivo para perderse las maravillosas vistas que desde ese punto se podían disfrutar. Con mucho cuidado salvó el primer recodo, y apoyando una mano sobre una arista, dedicó unos instantes a contemplar el espectáculo natural que caía a sus pies.

Un leve sonido a sus espaldas llamó su atención, uno similar al que hace el nailon al frotarse consigo mismo. Antes de que su cabeza pudiera girar algo le impulsó violentamente, alejándole sin remedio de la pared. Como un reflejo, trató de asirse con las manos a unas rocas ya inalcanzables. Todavía incrédulo, se vio a sí mismo en el vacío, cayendo sin remedio.

Un grito desgarrador brotó de su garganta. Un aullido generado por el terror y el pánico que le produjo la visión de su propia muerte, que se acercaba rápida e inexorable.

Sólo el responsable del empujón pudo oír el ruido seco, desagradable, que produjo el cuerpo al chocar con el suelo rocoso del fondo del precipicio. Cualquier persona se hubiera estremecido al escuchar ese sonido, el del siego de una vida, y por el silencio posterior, pero no aquel que le había asesinado, que escupió al vacío mascullando una maldición.

2.

Mediados del mes de agosto de 2019

Azucena Romero no se acordó de David Sesma el día que acudió al notario. De hecho, no había vuelto a acordarse de él desde poco después de acudir al funeral oficiado por su alma. Le conocía pero no eran íntimos, así que, aunque lamentó el accidente que había sufrido en la montaña, no le afectó mucho la pérdida. Quedaba lejos ya en el tiempo y el hecho rondaba ya por los terrenos de su olvido.

Aquella mañana portaba una ilusión similar a la de una colegiala que acude a la escuela el último día de clase, justo antes de que empiecen las vacaciones de verano. Todos sus planes por fin terminaban de materializarse. El primero de ellos había sido el haber ganado un concurso de traslado desde Pamplona a Zaragoza unos meses antes. De ahora en adelante tendría la opción de montarse en el coche un viernes al salir del trabajo, podría comer durante el trayecto, y a la hora de la merienda arribaría a la costa del mediterráneo.

Azucena planeaba acudir con frecuencia al pequeño pueblo costero del que se había encaprichado. Puesto que Zaragoza dista tan sólo unas tres horas en coche de las playas de Alcocéber, iría a pasear por la orilla del mar todos los fines de semana que le apeteciera. Iba a poder disfrutar de todas sus aficiones y costumbres, pero desde ese momento lo haría junto al mar. "Recibir a las amistades o al amante de turno... ir a cenar fuera, andar en bicicleta, navegar, cuidar del pequeño jardín. Al fin y al cabo, el mediterráneo es lo que tiene. Mejor clima que el del Cantábrico, de aquí a Lima, como diría mi abuelo, que en paz descanse" — pensaba mientras esperaba a que un semáforo cambiara del rojo al verde.

Los planes y deseos surgían y crecían vigorosamente, como lo hace el trigo recién germinado tras las lluvias de primavera y si el sol hace acto de presencia.

La hipoteca era más que asumible. Esto era así porque había realizado una buena operación con la venta del piso que tenía en propiedad en Pamplona, y había aportado una gran parte del montante resultante como pago de la pequeña casa. Atrapó un muy buen precio de venta, lo cual le aportó liquidez adicional suficiente para afrontar los gastos asociados a la compra y vivir económicamente desahogada. Azucena había meditado acerca de la posibilidad de alquilarlo en lugar de venderlo, pero dadas sus prioridades, que eran la tranquilidad y el disfrute del tiempo libre, se inclinó por la venta. No permitiría que ningún contratiempo rompiera la armonía con la que había previsto convivir. Además, no necesitaba más dinero, le sobraba en realidad. La remuneración de su cargo, el trato económico recién cerrado con su exmarido tras su repentino y meteórico divorcio, y la herencia recibida cuando falleció su madre tres años atrás, le habían colocado en una posición de opulencia. No tenía intención de hacer ni un servicio más que lo obligado por los estatutos y normativa de desarrollo de Función Pública.

La idea era disfrutar hasta la última gota del tiempo libre que sus derechos laborales le otorgaban. "Para eso he peleado todos estos años. Ya está. Lo conseguí" — se repetía dentro del habitáculo del coche, camino de la notaría.

Tras la firma y ejecución del papeleo, el siguiente paso iba a ser el decidir qué decoración darle a su segunda residencia, actividad placentera en extremo para Azucena.

En consecuencia, todas aquellas ideas, ilusiones y propósitos infundieron una extraordinaria elevación a su ánimo. Ese sentir provocó que tuviera ganas de cantar, así que enchufó el equipo de música y mientras condujo tarareó las canciones que surgían por los altavoces de treinta vatios de potencia.

Ya en su destino, sentada frente al vendedor del inmueble, Azucena escuchó como el notario leía en voz alta las condiciones del banco, los acuerdos, compromisos adquiridos y demás obligaciones asumidas en la transacción por las partes firmantes. Ya lo había estudiado con atención, por lo que se dedicó a constatar que todo correspondía a lo previamente acordado. Y así fue.

El representante del banco estaba de buen humor. Aquel préstamo constituía un buen negocio. Una hipoteca de cobro garantizado tanto por la solvencia de la compradora como por el seguro de vida que cubría el mismo. Le gustaría firmar cincuenta de esas todos los días. Una más para el cumplimiento de sus objetivos anuales, que siempre que alcanzaba eran incrementados.

Tras poner su rúbrica, saboreó el triunfo desde el instante que recibió en una carpeta de cartón los documentos correspondientes. Se despidió con la mejor de sus sonrisas, salió de las oficinas y bajó las escaleras dando pequeños saltos, jubilosa, desde el primer piso, donde la notaría realizaba sus operaciones, hasta un rellano decorado de forma sublime que desembocaba en el Paseo de la Independencia de Zaragoza.

Esta vez había cerrado el último de los capítulos de su bien trazada hoja de ruta. Azucena se dio un paseo y visitó varios comercios de la zona, donde adquirió algo de ropa y unos cosméticos, antes de regresar a Cuarte de Huerva, al pequeño pero cómodo y bien iluminado piso que había adquirido un año atrás.

Al llegar a casa se tumbó en un butacón eléctrico, de esos que se reclinan y pueden elevarse hasta poner de pie al que se acomoda. Allí se puso a ojear distraídamente varias revistas de decoración. En una de sus páginas sugerían una mezcla de colores y materiales textiles de fabricación ecológica para la mantelería de una mesa de comedor. Una combinación que le gustó. Apuntó la referencia, revista, volumen, y páginas en una agenda electrónica de su teléfono móvil.

El timbre de acceso al edificio rompió repentinamente y con estrépito la armoniosa tarde que acababa de empezar a disfrutar Azucena.

—¡Mensajero! Traigo un paquete para Azucena Romero —se escuchó a través del interfono.

—"¡Un paquete! No espero ninguno... quizás sea de la inmobiliaria, ¿o será del notario? Es igual, lo despacharé rápidamente" —pensó, con su mente aún centrada en seguir con su pasatiempo sobre decoración y diseño de interiores.

Raramente puede verse llegar a la tragedia.

3.

Juan Carlos Salas vivía una etapa relativamente sosegada de su vida profesional, de esas siempre escasas y siempre deseadas en la carrera de un policía. La relativa calma se debía a que se habían incorporado refuerzos recientemente, y gracias a ellos su carga de trabajo había dejado de ser asfixiante para pasar a ser excesiva.

Su jubilación no quedaba muy lejos, aunque tampoco todo lo cerca que a él le gustaría. Había cumplido ya los cincuenta y siete años, pero cada vez le costaba más levantarse para enfrentarse a la porquería de este mundo. Demasiados años entre criminales y gentes cuya vida es gobernada por los bajos instintos. Se encontraba bien de salud, deseaba retirarse para largarse a vivir al pirineo, cerca de Jaca, su ciudad natal. Pero aún no podía hacerlo porque estaba obligado a permanecer en servicio activo unos años más. Anhelaba la serenidad que infunde la vida en el campo, entre los animales y la montaña, lejos de la metrópoli y sus inherentes gangrenas. Juan Carlos había enviudado apenas cinco años atrás, y su única hija se había casado con un norteamericano. Residían en Indiana. Apenas hablaba el idioma inglés así que tenía claro que no iba a disfrutar mucho de la compañía de su hija. Le quedaba una hermana y algunos amigos de la niñez en Canfranc. No pedía ya más a la vida. Salud y la compañía de las viejas amistades y de la poca familia que le quedaba cerca.

Su curtida veteranía se había forjado a fuego lento y constante, como las aleaciones más resistentes y duras. Poco tiempo después de ganar su plaza de Inspector del Cuerpo Nacional de Policía, Juan Carlos recibió su primer destino en la Brigada de la Policía Judicial de San Sebastián, concretamente en la Unidad de delitos con violencia, en 1986. Por aquel entonces

las drogas habían destrozado demasiadas familias y tuvo que lidiar con todo tipo de crímenes de la más terrible índole. La mayoría fueron de esos que quitan el ánimo a cualquiera con sólo escuchar el titular de los hechos.

Actualmente estaba destinado en la capital aragonesa, en Zaragoza. Una ciudad que la imparable evolución de los tiempos había extendido lo suficiente para considerarse una Metrópoli. Aquella mañana Juan Carlos salió a los exteriores de la comisaría a fumarse uno de sus puros. Coincidió con un funcionario del Cuerpo Administrativo adscrito al Ministerio del Interior a punto de jubilarse que había salido del edificio también para fumar.

Acababa de terminar de atender una nueva denuncia. El parecido físico de la denunciante con la madre de una de las víctimas que le había tocado investigar en los años ochenta le había traído recuerdos de aquella época. Rememoró con su contertulio lo enrevesado de los pasos que tuvo que dar para descubrir quién había sido el responsable de aquel crimen. Fue, según sus propias palabras, un caso difícil de resolver, de lo más extraño por su inicio y desarrollo, y duro en lo emotivo, por la juventud e inocencia de la víctima, y también porque él no pudo conseguir que el culpable pagara por su crimen. En su interior Juan Carlos creía que de eso se había ocupado el Todopoderoso.

El crimen no entiende de latitudes y como en todos lados, pese al esfuerzo de los profesionales de la seguridad, nunca termina de desaparecer. En una ciudad tan grande como Zaragoza siempre hace acto de presencia con demasiada frecuencia.

Tantos años mirando cara a cara al feroz y atroz semblante del mal había dejado su poso. Juan Carlos trataba de aliviar el hastío que sufría por tantas maldades de las que había sido testigo con la ayuda de un ligero exceso de consumo de brandy, su bálsamo particular. Sin llegar a ser alcohólico, todos los días al llegar a casa se quitaba la hiel de sus recuerdos saboreando un buen jerezano con nombre de emperador. ¿Quién podría

echárselo en cara? Costumbre que repitió el día que se enteró de la existencia de Azucena Romero.

4.

Esa misma mañana Juan Carlos fue a almorzar a una cafetería cercana a la comisaría con una de las administrativas de la segunda planta. Todos los días pedía lo mismo; café cortado y un pincho, el que mejor le entrase por el ojo el día en cuestión. Esa jornada había necesitado dos cafés bien cargados para espabilarse. No había dormido más que cuatro horas y se sentía cansado y adormecido.

Se llenó la boca con una enorme porción del pincho de tortilla con jamón que le habían servido, y gesticulaba a su acompañante de vez en cuando, para hacerle ver que le estaba escuchando.

Juan Carlos trataba de evitar que creciera excesivamente el afecto que sentía por aquella mujer. Físicamente no estaba nada mal, opinaba, le gustaba, aunque no por ese tipazo que cortaba la respiración, sino porque era agradable, dulce, coqueta y además tenía un gran sentido del humor. Así que tenía que mantener en mente la máxima de que no se debe mezclar pasión con trabajo. Además, debía dejar las cosas como estaban ya que, y para él era algo importante, ella tenía por pareja a un viejo conocido. Así que pese a que Loli, que así se llamaba, reía sus chistes y le trataba con una amabilidad a la que no estaba acostumbrado, Juan Carlos había decidido no intentar traspasar la frontera de la mera amistad y aprecio. En la decisión también influyó un escondido temor a que un intento fallido le hiciera perder la compañía de Loli a la hora del almuerzo, lo cual era importante para él, un aliciente para levantarse e ir al trabajo cada día. Además, con el paso de los años, y esto era una evolución personal inesperada en él, había empezado a perder un poco del interés en esa parte instintiva de las relaciones entre un hombre y una mujer.

Aquel día hablaban de asuntos cotidianos, como siempre, de gustos y aficiones, y Loli le participaba de sus planes para sus vacaciones que había reservado para primeros de septiembre.

—¿A dónde vas?

—A Mazarrón.

—¿Dónde está?

—Cerca de Cartagena, en Murcia. Bueno, realmente voy al Puerto de Mazarrón.

—¿Y por qué vas allá?

—¡Porque el clima es maravilloso! —exclamó Loli saboreando la cercanía de la fecha de partida.

—Hay muchos sitios con clima maravilloso. Tiene que haber algo más...

—Déjame pensarlo... —Loli miró unos instantes al techo, mientras buscaba la respuesta precisa que requería su amigo — ...porque tiene muchos kilómetros de playa y me encanta pasear por la orilla. Por la luz, por el color del mar por la mañana... y porque el agua está buenísima, a veces he estado metida en el agua dos horas y no he sentido frío. ¡Me encanta!

—Tendré que probar... —Juan Carlos iba a decir algo más cuando apareció súbitamente el Jefe de la Brigada. Nada más verle a Juan Carlos se le tensó la espalda y el ánimo. La llegada del comisario a la cafetería no presagiaba nada bueno. No es que sintiera fobia o antipatía hacia él, se llevaban bien, simplemente la jerarquía le imponía el respeto debido, así que cuando le veía en su mente surgía siempre el mismo dicho popular: "el jefe es como el burro, cuanto más lejos más seguro".

Tuvo que despedirse de Loli, pero antes de seguir al comisario, le dejó caer las ganas que tenía de volver a quedar para tomar un café y escuchar sus planes.

—Quizás la semana que viene, ya hablaremos — le contestó y se despidió con una sonrisa.

El comisario contemplaba ajeno la escena y esperaba a que su subordinado terminara de decir adiós. —Hola Juan Carlos.

—Hola Marcos, ¿necesitas algo?

—Acompáñame, por favor.

Algo grave ocurría, solía desembuchar nada más verle. Por el contrario, Marcos había guardado silencio. Ambos caminaron a paso firme hasta la salida. Una vez en la calle le informó del motivo de su visita.

—Nos ha caído un caso de asesinato, de los complicados... — le comunicó a la vez que le pasaba su teléfono móvil — estas fotos acaban de llegar... mujer, 54 años... la han matado con ensañamiento, como podrás comprobar.

—Ha dejado de ser algo infrecuente en esta ciudad... — masculló a modo de queja a la vez que cogía el teléfono. Conforme contemplaba las fotografías, Marcos terminó por soltar el encargo.

— La investigación la vas a llevar tú. Este caso requiere de un veterano. Ve a la escena del crimen inmediatamente y haz un reconocimiento, a ver qué es lo que ves y qué puedes averiguar. Dale prioridad, deja lo que tengas entre manos y céntrate en este caso. Quiero que trabajes sobre la víctima, lo protocolario: quién es, con quién trabaja, aficiones, pareja, amigos, reúne toda la información que puedas. Cuando termines tu exploración preliminar házmelo saber y nos reunimos para establecer un primer plan de trabajo, a ver si consigues un sospechoso.

—¿Qué sabemos?

—Casi nada. Pedro acaba de llegar a su domicilio, que es donde la han encontrado, en Cuarte. Trabajaba en la Seguridad Social. Era responsable de un Servicio en la Dirección Provincial.

—Administración General del Estado... —dijo Juan Carlos, sorprendido. —"Si era responsable de un Servicio probablemente estuviera bien relacionada. Seguramente despachara con el Delegado del Gobierno. Eso implica que tendremos presión" —pensó. Se preguntó si por ese motivo el comisario había venido en persona a decírselo. "Seguramente".

—Voy enseguida para allá —manifestó sin entusiasmo.

—Esto va a dar mucho de qué hablar. Tendremos a los peces gordos preguntando a todas horas. Ya sabes lo que te toca —le advirtió Marcos.

Juan Carlos entendió a la primera el mensaje del comisario. Se despidió de él y se dirigió al coche. Antes de ir hacia Cuarte abrió el maletero y comprobó si estaba en su sitio su cámara digital y una libreta de notas. Lo estaban.

Eran las diez de la mañana y el tráfico no era intenso. Se dirigió al lugar de los hechos sin prisa. El tiempo era agradable, no era malo ni bueno, no hacía calor ni frío, pero el ambiente estaba seco. Hacía mucho que no llovía. Algunas nubes tapaban el sol, quitando esa luminosidad que hace mejorar el estado de ánimo.

Pensaba en el encargo que le había caído, y en que no hace mucho solían tocarle numerosos casos de robo, también de prostitución, abusos, drogas, pero no asesinatos con ensañamiento. Estos eran muy poco frecuentes hasta pocos años antes. Sin embargo, algo había cambiado, la sociedad a la que intentaba proteger se había vuelto más violenta. Los homicidios y asesinatos ya no constituían un hecho anómalo, empezaban a ser demasiado habituales, y eso empezaba a afectar a su moral. A veces sentía que su esfuerzo era inútil, que su trabajo se asemejaba a achicar el agua de un barco que se hunde irremediablemente.

Cuando llegó a la calle donde se encontraba el domicilio de la víctima no le hizo falta buscar el portal de entrada al edificio. Pudo ver a distancia a numerosas personas se habían reunido

en las cercanías, curiosos sin otra cosa mejor que hacer. Dos agentes de la policía municipal custodiaban el acceso.

Aparcó en una calle adyacente. Mientras caminaba fue sorteando a paisanos que cuchicheaban, esparcidos por toda la calle, aquí y allá. Algunas lo hacían con la mano colocada sobre la boca, otros con el ceño fruncido, y otras moviendo la cabeza de un lado a otro. Junto a los municipales se habían concentrado algunos vecinos y transeúntes que les hacían preguntas del tipo "¿qué ha pasado?, ¿de verdad está muerta?" y cosas por el estilo.

Saludó a los agentes y mostró su identificación. No se entretuvo más.

Era un edificio moderno, el interior era fresco y tenía ese olor a nuevo que despiden las escaleras de los edificios recién terminados. No cogió el ascensor. Subió sin apresurarse, analizando la estructura del edificio, estudiando las posibles vías de escape utilizadas por el criminal, tomando fotografías.

Arribó a la puerta que daba al recibidor con la cámara de fotos encendida y preparada para disparar. Allí le esperaba su compañero, Pedro Zurbarán.

5.

Pedro era un policía veterano, no muy sagaz ni excesivamente trabajador, siendo misericordioso con él. De complexión y estatura media, era de tez olivácea y tenía unos ojos menudos y mirada penetrante. Se había dejado barba y eso le hacía parecer más viejo de lo que realmente era. Aún conservaba la mayoría del pelo. A sus cincuenta y pocos años ya no esperaba ascensos ni reconocimiento, por lo que se tomaba las cosas con tranquilidad, sobre todo las laborales. Por otro lado, Pedro era de esos que lleva la honradez escrita en la cara, virtud que en su profesión puede resultar peligrosa. Personalmente lo que más le gustaba a Juan Carlos de su compañero era que se podía confiar en él, era un hombre de honor, y eso compensaba de sobra las carencias que sin duda poseía. Para cuando Juan Carlos llegó al piso ya había conseguido algo de información.

—Hola Pedro.

—Hola..., ¿dónde...?

—Asómate —le indicó con un gesto de la cabeza que le señalaba una dirección.

Juan Carlos se acercó hasta colocarse en el acceso a un dormitorio. En la habitación vio a los agentes de la científica terminando de hacer su trabajo. Tenían que esperar un rato hasta poder pasar ya que aún estaban cogiendo muestras y haciendo fotos desde todos los ángulos imaginables. Sin embargo, desde la posición en la que se encontraba pudo ver el cadáver. Estaba sobre la cama. La sangre cubría una amplia extensión de la colcha y se había esparcido hasta el suelo. Juan Carlos dedujo que la víctima había tratado de huir y en el intento había dejado restos del forcejeo por toda la trayectoria que había seguido. Había señales de lucha: una silla rota, un

marco de fotografías destrozado, una cortina desgarrada, un cuadro en el suelo. Una vez vencida la habían arrastrado hasta la cama. El aspecto del rostro era escalofriante. La habían golpeado con fuerza y en muchas ocasiones.

—Bienvenido a otro estimulante día de trabajo... —apuntó Pedro en voz baja.

—¡Desde luego compadre! El hedor a muerte se percibe desde la entrada... —respondió sin poder dejar de mirar a la víctima, con los ojos muy abiertos y la mirada perdida —¡qué fea es la parca! ¿verdad? —terminó por decir, dirigiéndose a Pedro y a sí mismo.

A Juan Carlos le atenazó el ánimo la mera contemplación de los estragos de una ferocidad que está anunciando su presentación.

—Vaya espectáculo...

—Desde luego...

—Dime Pedro, ¿qué has podido averiguar?

—No mucho... se llamaba Azucena Romero. Vivía sola.

—¿Sabemos la hora del fallecimiento?

—Sí, le han tomado la temperatura al hígado. Entre las tres y las cuatro y media de la tarde de ayer.

—¿Qué más?

En ese momento se acercó el responsable de esa unidad de la Policía Científica. Juan Carlos le abordó inmediatamente. —¿Qué nos puedes contar?

—... ha muerto desangrada. Luchó por su vida: el cadáver presenta numerosos moratones, principalmente en la cara, brazos y el tórax. La mandíbula está rota. Tiene la nariz aplastada y dos costillas rotas. Como puedes ver tiene parte de los intestinos fuera de la cavidad abdominal. Le abrieron con un arma blanca y bien afilada. Por la trayectoria del corte

deduzco que recibió la herida en el forcejeo. También tiene varios cortes en los brazos, uno de ellos le seccionó los vasos principales de la muñeca. Su ropa interior se encuentra en su lugar e intacta.

—¿Le habéis explorado los genitales?

—Sí. No hay signos de desgarro ni irritación.

El de la científica se despidió escuetamente y salió del piso.

—¿Sabemos algo del responsable? — preguntó Juan Carlos a Pedro.

—Nada. De momento nadie lo ha visto, ni siquiera otearlo de lejos. No tenemos ni la más mínima descripción.

—¿De los vecinos y demás?

—El bloque es nuevo. Hay varios pisos que están deshabitados. Los pocos que viven en esta planta están de vacaciones. No hay nadie. He llamado al administrador y me ha pasado el teléfono de una vecina de uno de los pisos de abajo. Acabo de hablar con ella. No ha visto ni oído nada.

—¿Le crees?

—Sí, está en el otro extremo del edificio. Dos plantas más abajo. Dice que vio la televisión desde las dos hasta media tarde. Es una anciana que vive sola. Le visita una hija a menudo que suele aparecer antes de cenar.

—¿Te ha dicho algo útil?

—No sabe mucho de la víctima. Apenas trataba con ella.

—¿Has registrado el piso?

—Lo que me han dejado antes de que llegaras. Los de la científica me han permitido ver unos documentos que pueden ser importantes.

—¿Importantes?

—Sentencia de divorcio; es divorciada, nombramiento; es funcionaria...de nivel A. Su exmarido se llama Francisco Bruñido. La vecina y el administrador aseguran no haberle visto nunca por aquí. Poco más. Tampoco saben nada de novios o amigos.

—¿Hijos?

—Sí, aparece en la sentencia de divorcio. La vecina dice que le vio una vez con una hija. Es mayor de edad. Cree que no vive aquí.

—Solicita informe al Registro Civil.

—Ya lo he pedido. Algo más, según el administrador la víctima era un poco arisca. Apenas se comunicaban y cuando lo hacían era, por supuesto, por temas de administración, gastos, derramas, cosas así. Y siempre que lo hacían ella era muy seca, cruzaba un "hola" y un "adiós", y al grano. No me lo ha querido decir, pero creo que no la tenía en gran estima —resumió Pedro.

—Lo que quieres decir es que tenemos a una de esas personas que va haciendo amigos por la vida...

—¡Sí! Y que trabajaba en un lugar con decenas de compañeros que con toda seguridad la "adoraban". Ideal para una investigación. Vamos a tener muchos candidatos ¿no crees?

—¡Seguro!

—En cuanto puedas haz una lista de los que trabajaban con ella, los más cercanos, y a ver si hay suerte y encuentras algún rencoroso con un buen motivo para matar. Yo voy a averiguar quién es ese Francisco y qué tiene que decir. ¡Ah! Y pide un requerimiento al juez para que nos pasen el registro de las llamadas telefónicas a su móvil. ¿Porque tenía móvil, no?

—Había uno en la habitación. Lo tiene la científica.

—¿Sabemos la compañía?

—No me ha dado tiempo.

—Pues pidiendo una requisitoria... y solicita también los extractos bancarios del último año.

—Claro.

—¿Has podido husmear por todos los cajones?

—No he tenido tiempo.

—Te estás repitiendo... —le dijo en voz baja y con un tono socarrón escondido que Pedro descifró sin esfuerzo —... vamos a echar un vistazo que los de la científica ya se van. A ver si encontramos cualquier cosa que aporte algo de luz sobre quién y por qué ha hecho esto.

6.

Juan Carlos consiguió con diligencia el teléfono del exmarido de Azucena. Era de manual investigarle, así que llamó al tal Francisco y tras soltar las preguntas de rigor dedujo rápidamente que su coartada era un tanto floja, por lo que decidió interrogarle. Aunque deseaba terminar cuanto antes la investigación, su olfato ya le avisaba de que no era la persona que estaban buscando. Simplemente ese desenlace sería demasiado sencillo para lo que había podido observar en aquella habitación, demasiado fácil en relación a los demás rasgos del crimen. Absolutamente nadie había visto ni oído nada, y Juan Carlos no creía en las casualidades. Ese detalle le indicaba que posiblemente el crimen se había cometido con premeditación y planificación. No encajaba con el crimen pasional habitual, en la que suele producirse mucho ruido, pueden seguirse cuantiosos rastros y acumular abundantes pruebas, y en el que siempre alguien ha visto y oído algo que termina por incriminar al culpable.

Los tonos se sucedieron hasta que un pitido agudo indicó que el intento había resultado infructuoso. Insistió, esta vez con éxito. Tras la debida identificación y presentación sucinta de los hechos, le requirió a que compareciese en comisaría. Para evitar alargar la cosa le ofreció que en caso de no poder trasladarse en ese momento, él mismo se acercaría a su domicilio o lugar de trabajo si así lo prefería. Empezaron mal.

—Ahora mismo no me coge en buen momento.

—Serán sólo diez minutos —dijo Juan Carlos rozando la mentira.

—De verdad, no me es posible ahora. Discúlpeme pero tengo mucho trabajo.

—De acuerdo. ¿Qué tal mañana?

—Verá... tengo que trabajar.

—Si no viene voluntariamente pediré una citación para que declare.

—Haga lo que estime usted conveniente inspector...verá, no es que yo no quiera colaborar, es que no me viene bien en estos momentos —. Pero dadas las circunstancias y ante tanta insistencia, Francisco terminó por ceder.

—¿Le va bien mañana a la tarde?

—¿A qué hora?

—¿A las seis?

—Bien. Venga a comisaría, pregunte por mí. Le estaré esperando.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Juan Carlos Salas.

Bruñido había ganado un día para preparar las respuestas, una preparación que con toda seguridad iba a necesitar.

El exmarido de la fallecida compareció voluntariamente a la hora señalada. Entró en comisaría y se dirigió al primer agente que hacía guardia.

—Hola. Soy Francisco Bruñido. Me han citado a las seis.

El policía miro una hoja de papel y le dijo señalando al mismo tiempo —Pase y hable con el agente que está en esa mesa.

Francisco obedeció, y después de repetir la operación, el otro agente hizo una llamada desde un fijo colocado a su izquierda y transmitió el pertinente aviso. Tras un breve intercambio de palabras le invitó a seguirle y le guio hasta una estancia cercana a la entrada principal; el despacho de Juan Carlos.

Al abrir la puerta contempló con gesto grave la amplia aunque mal iluminada habitación. En medio de la misma un hombre alto, delgado y vestido de uniforme estaba en pie, esperándole.

—Soy Francisco, ¿es usted el inspector de policía con el que hablé ayer?

—Buenas tardes señor Bruñido, así es. Soy Juan Carlos Salas. Pase, por favor.

—Buenas tardes inspector. Gracias.

Juan Carlos escudriñó al recién llegado. Bruñido estaba en sus cincuenta, tenía sobrepeso y una barriga prominente. Era un hombre elegante, aunque no en exceso, de esos que posee una elegancia innata. Un tío con clase, algo frecuente entre los de su edad, pero escaso entre los que se encuentran en edades por debajo de los treinta. Un perfil desgraciadamente en vías de extinción.

—Le agradezco haya venido. Espero entienda que tengo preguntas que hacerle.

Francisco asintió visiblemente nervioso.

—Me gustaría charlar en profundidad con usted sobre lo sucedido a su ex esposa. ¿Tiene inconveniente?

—Para eso he venido. No tengo nada que esconder y me gustaría terminar con esto cuanto antes... adelante. Usted dirá...

—Tiene derecho a ser asistido por un letrado. ¿Va a ejercer ese derecho?

—No.

Juan Carlos le observaba con la mirada entornada, analizando todos sus gestos y movimientos.

Una vez finalizada la introducción le ofreció asiento —Por favor, póngase cómodo.

Francisco Bruñido tomó asiento. Su rostro reflejaba la seriedad de la situación y la angustia que el personaje sufría. Nada fuera de lo normal dadas las circunstancias.

Las preguntas iniciales fueron protocolarias, de identificación. Nombre, edad, lugar de nacimiento etc... una vez comprobada su identidad Juan Carlos le preguntó acerca de lo que recordaba había hecho el día en que ocurrió el crimen.

Francisco explicó que vivía sólo, que llegó del trabajo acerca de las dos de la tarde, comió y se echó una siesta, de alrededor de una hora. Y le aseguró no haber salido de casa aquella tarde hasta pasadas las diecinueve horas.

Juan Carlos percibió que no le había dicho toda la verdad; pero ¿qué podía estar ocultando? En cuanto a la pérdida, no parecía muy afectado.

Prosiguió de una manera más formal y protocolaria:

—En relación con los hechos acaecidos en fecha en la que se produjo el asesinato de Azucena Romero, le pregunto: ¿Conocía a Azucena Romero?

—Sí, era mi exmujer.

—¿Exmujer?

—Nos divorciamos el año pasado.

—¿Cuántos años estuvieron casados?

—Dieciséis.

—¿Cuál era su relación con la víctima? Me refiero a últimamente.

Bruñido pareció sorprendido con la pregunta, se encogió de hombros y contestó —No había tal relación.

—No le comprendo.

—Lo que quiero decir es que apenas teníamos contacto.

—¿No tenían buena relación?

Bruñido asintió —No nos llevábamos bien.

—¿Diría que se llevaban mal?

—¿Mal? Bueno, la evitaba, en el pasado tuvimos nuestras diferencias.

—¿Diferencias? Se refiere a la denuncia por acoso... tiene usted antecedentes policiales...estuvo detenido —le dijo mirándole fijamente a los ojos.

—Fue una denuncia falsa, ¡me absolvieron! —dijo levantando un poco la voz. Seguidamente enfatizó —Lo hizo para perjudicarme en el proceso de divorcio —. Seguidamente agachó la cabeza y miró nerviosa y alternativamente hacia la mesa y hacia Juan Carlos, sabedor que sus palabras no le estaban ayudando.

—Sí, y después le condenaron por amenazas...y tenía una orden de alejamiento...

—Fue un calentón, un mensaje, estaba cabreado y cometí un error. ¿Qué quería? Me había amenazado con hacerme la vida imposible y me había denunciado presentando hechos falsos. ¡Se golpeó contra la pared ella misma! ¡Por el amor de Dios! ¡Estaba loca! ...tuve suerte de que aquella inspectora fuera una buena profesional...

—Ya... la venganza es uno de los motivos más antiguos para matar. ¿Deseaba vengarse?

—No.

—¿Cuáles eran sus sentimientos hacia ella?

—No la tragaba, pero yo no he tenido nada que ver con su muerte.

—¿Dónde estaba el día que asesinaron a Azucena entre las doce horas y las tres de la tarde? —La pregunta ya la había realizado, y no la repitió por error.

—Trabajando y a la hora de comer fui a mi casa, como suelo hacer todos los días a esas horas —contestó con naturalidad, con toda la que se puede mostrar en esas circunstancias.

—Verá, creo que no me está diciendo toda la verdad... ¿dónde estuvo?

—En mi casa, al menos desde las dos o dos y cuarto —afirmó de nuevo con tono sereno y sin levantar la mirada.

—¿Y qué hacía?

—No recuerdo exactamente... comer, supongo —dijo encogiéndose de hombros.

—¡No se pase de listo! — le recriminó con severidad —¿no se acuerda o no quiere acordarse? —Juan Carlos realizó una pausa a conciencia... —¿Sabe? No le creo...y no le creo porque usted no estuvo en su casa desde las dos y media hasta las seis. Mire esto —. Juan Carlos encendió un monitor que estaba en una esquina, se podía ver un coche, una berlina de diseño novedoso saliendo de un garaje. —La grabación es de aquella tarde...

Francisco Bruñido comenzó a apretar sus manos con fuerza, y a morderse los labios. Estaba muy nervioso. Hizo ademán de levantarse pero se volvió a sentar y comenzó a pasarse la mano por la cabeza con fuerza y repetidamente.

No era para menos. En la pantalla se veía su coche claramente saliendo por la rampa que surgía desde el subsuelo del bloque de viviendas donde residía; la fecha y la hora de la grabación aparecían en la esquina superior derecha. Su mentira no había durado un suspiro y había agravado su situación, pues a ojos de cualquier investigador, haber tratado de engañarle sobre su localización a la hora del crimen le hacía parecer culpable. Bruñido giró de un lado a otro la cabeza, negando, pero no supo qué decir...

—Por favor, deme un poco de agua.

Juan Carlos se levantó y sacó un botellín de la parte baja de un armario situado a su derecha, junto a su mesa. Se tomó su tiempo en abrir la botella y verter un poco en un vaso de plástico, y mientras tanto no le quitaba ojo de encima. Bruñido se puso todavía más nervioso.

Tras beber un buen trago finalmente sentenció —Yo no he hecho nada. ¿Puedo irme?

—Si me dice la verdad...

—No diré nada más hasta que llegue mi abogada.

—"Un abogado... mala señal... a ver a dónde llegamos" —pensó Juan Carlos.

Bruñido sacó su teléfono y tras buscar brevemente en la guía del mismo presionó el icono verde que da la orden de llamar. Alguien le respondió poco después. Bruñido fue inmediatamente al grano y le comunicó su situación diciéndole dónde se encontraba en esos momentos. Juan Carlos pudo oír cómo esa misma persona le recriminaba por no haberle avisado con antelación de sus intenciones y le aconsejaba no decir ni una sóla palabra más.

Una vez finalizó la llamada Juan Carlos prosiguió con el interrogatorio, sin embargo Bruñido se negó a contestar.

El veterano policía trató de persuadirle, pero el sospechoso sentado frente a él era lo suficientemente inteligente para saber que su situación no aguantaría un error más.

Tardó poco menos de tres cuartos de hora en aparecer la letrada. Era una mujer madura, sobre los cincuenta, bien arreglada, elegante pero sobria, con el pelo peinado hasta la perfección, limpio y perfumado. Era de ese tipo de abogados que llegan pisando fuerte, de los que creen en sí mismos.

—Buenos días. Me llamo Elena Gállego, soy abogada, y vengo a asistir a don Francisco Bruñido.

La estaban esperando. El agente de la entrada le informó escuetamente —Su cliente le espera. Pase. Está en la sala tres —. Una agente se acercó entonces y le acompañó a la sala donde esperaba Bruñido.

La letrada asistió a su encogido cliente en privado, como marca la ley. Un buen rato después salió y preguntó por Juan Carlos. Éste se identificó con un "buenas tardes". Ella caminó con paso firme hacia él. Durante el minúsculo trayecto Juan Carlos estudió a la abogada con la que tenía que lidiar. El sonido de los tacones retumbaba en todo el pasillo, su forma de andar era rítmica y decidida, pero pausada a su vez, lo cual otorgaba a la representante de Bruñido un aspecto del todo majestuoso. Antes de ponerse frente a él soltó:

—Mi cliente va a añadir una declaración y después pasará lo siguiente: usted formulará una acusación y la comunicará al juez, o si no lo hace, lo pondrá inmediatamente en libertad.

Juan Carlos asintió dando a entender que había entendido el mensaje. La abogada sabía que no podía negarse. La Constitución y Ley de Enjuiciamiento Criminal era clara al respecto.

—Su cliente es sospechoso de asesinato y no tiene coartada. Además, ha mentido.

—Sí que tiene una coartada, aunque no es la que le ha dicho, y sí, le ha mentido. — Elena se acercó un poco más al rostro de Juan Carlos, tanto que éste pudo oler el carmín que impregnaba sus labios —¿Hablamos? ¿O pasamos a rellenar documentos directamente?

—Hablamos.

Ambos se dirigieron al despacho del inspector en silencio. Una vez a solas pusieron las cartas sobre la mesa.

—Tiene una coartada. Mi cliente no pudo matar a su ex porque resulta que ese día estuvo con una profesional. Ya me entiende. Ninguna persona puede estar en dos sitios a la vez ¿no cree?

—Eso es lo que dice ahora, pero qué vale la palabra de un mentiroso...

—Podemos demostrarlo.

—¿Y por qué ha mentido?

—Le daba apuro decir a la policía que se había ido a fornicar o lo que sea que guste hacer en su intimidad. Es un acto del que mi cliente no se siente orgulloso.

—Ha dicho que puede demostrarlo...

—Pagó con su reloj la factura del hotel. El empleado de recepción corroborará lo que dice mi cliente. Las cámaras de seguridad del establecimiento respaldarán nuestra declaración.

—¿Con su reloj?

—Sí, es de esos que tiene un dispositivo de pago incorporado. Pediremos un certificado del cargo a la entidad financiera y se la enviaremos con mucho gusto.

—Pues hágalo y no tenga la más mínima duda de que comprobaremos las grabaciones del hotel.

—Inspector —la abogada se dirigió a Juan Carlos con un tono más fraternal —os habéis equivocado. Estáis perdiendo el tiempo, mi cliente es inocente de los hechos que le imputáis. Lo único de lo que es culpable es de ser un vicioso y un putero.

— Es sospechoso hasta que no comprobemos la veracidad de las pruebas que demuestren que estaba en ese hotel a la hora en que sucedieron los hechos.

—Por supuesto. Pero tenga en cuenta que, si se empeñan en retener a mi cliente, emprenderemos las acciones legales oportunas, incluyendo las derivadas del principio de responsabilidad, contra usted.

La amenaza no asustó a Juan Carlos. Estaba acostumbrado a ellas. Pero eso no cambiaba el hecho de que si lo que decía la abogada era verdad, se había quedado sin base contra Bruñido.

Por un lado, tenía un motivo, la enemistad, pero por otro lado tenía una coartada sólida. Y en un caso de asesinato hace falta algo que Bruñido no tuvo: oportunidad.

—Su cliente no se encuentra en detención preventiva, le recuerdo que ha venido voluntariamente. No obstante, le tomaremos declaración respecto a los hechos que ha mencionado, y en cuanto recibamos la factura del hotel podrá irse. ¿Le parece bien?

—Declaración que hará en mi presencia ¿verdad?

—Por supuesto. Déjeme decirle algo Elena...le garantizo que comprobaremos las grabaciones de las cámaras de seguridad con posterioridad. Si lo que dice no es cierto, le detendremos.

—Tendrá la factura esta misma tarde. Por favor, envíeme una copia de las grabaciones de las cámaras de seguridad del hotel — le contestó Elena sin inmutarse. Inmediatamente después se dirigió hacia la puerta, asió la manilla, pero antes de abrir se giró y le dijo —mi cliente desea añadir que es su deseo colaborar con ustedes en cualquier asunto relacionado con esta investigación.

Y así fue. La factura llegó con celeridad y aportó veracidad a la versión del investigado. Le invitaron a que saliera de comisaría inmediatamente después.

Juan Carlos envió a Pedro al hotel, donde pudo ver las grabaciones de seguridad y comprobar que Francisco Bruñido había pasado allí el espacio de tiempo en el que había sido asesinada su ex mujer. Al menos quedaba claro que no había sido el autor material. Habían estado dando palos de ciego.

Juan Carlos terminó aquella jornada un tanto frustrado pero convencido de que Bruñido no era el hombre que buscaban, algo que había intuido desde el principio.

7.

Al día siguiente Juan Carlos trabajó junto a Pedro en la organización del trabajo y ejecución de los primeros análisis. Estudiaron la información que tenían y analizaron la que a todas luces aún debían obtener. Empezaron por solicitar copias de las grabaciones de las cámaras de tráfico y de los edificios públicos situados en un radio de dos kilómetros del domicilio de la víctima. Seguidamente de dedicaron a recopilar el listado de las llamadas telefónicas recibidas y enviadas desde teléfono de Azucena. También escrutaron los mensajes enviados y recibidos a través de las aplicaciones instaladas en el mismo. Charlaron con algunos de los contactos que encontraron en el dispositivo y gracias a ellos recopilaron información personal acerca de sus amistades y costumbres. A media mañana realizaron una primera valoración.

—¿Qué crees que tenemos Pedro? — preguntó Juan Carlos.

—En los mensajes lo típico; familia, alguno del trabajo, amistades... nada fuera de lo común.

—¿Falta alguno por llamar?

—Claro, pero no espero encontrar nada. Quedan los de los mensajes esporádicos.

—De las llamadas...hay llamadas al dentista, peluquería, gimnasio, a su madre, una hermana y una tal Nancy Salazar.

—¿Quién es Salazar?

—Parece que una amiga.

—¿Y cómo lo sabes?

—Acabo de hablar con ella. Parece que no sabía nada de la muerte de Azucena.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Tiene coartada. Estuvo en un restaurante...de Peñíscola. Está de vacaciones.

—¿Lo has comprobado?

—Sí. He hablado con recepción del hotel donde se aloja en Peñíscola y luego con el director. Hay una Nancy Salazar hospedada desde hace días. Además, ha tenido la cortesía de mandarme una foto en la que aparece junto al hotel con el periódico de hoy. Acabo de recibirla. No creo que haya nada que pescar en esas aguas.

—Está claro... —comentó un tanto decepcionado.

—¿Qué quieres que haga ahora?

—Tenemos que husmear en su cuenta corriente.

—¿Pido una requisitoria al juez para echar un vistazo a sus movimientos bancarios?

—Por supuesto.

La investigación proseguía a base de descartes más que de hallazgos. Ningún mensaje subido de tono, nadie enfadado. El teléfono móvil les dio información de su vida privada pero no encontraron nada llamativo. Nada que les pusiera inmediatamente sobre la pista del culpable.

Tendrían que indagar muy a fondo.

Al día siguiente tenían la información bancaria sobre la mesa, algo que siempre hay que mirar en la investigación de un asesinato.

—¡Mira Juan Carlos! Hay transferencias frecuentes a una tal Wendy Robles...

—¿Sabemos algo de ella?

—Acabo de echar un vistazo en el registro[1]. Tiene la residencia de larga duración desde el dos mil once.

—Ya. Residente.

—Sí.

—¡RLD[2]! ...eso significa que no tiene antecedentes. De todos modos, la citaremos para tomarle declaración. Mientras tanto, investígala a ver qué encuentras.

—De acuerdo.

Juan Carlos se marchó al aparcamiento. En el corto trayecto que lo separaba se cruzó con Loli, que se iba a casa tras finalizar la jornada.

—¿Vas ya a comer?

—Sí... Juan Carlos, ¿cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien, aunque un poco asustada con lo del virus ese —comentó cambiando de tema.

—¿Qué virus?

—Ese que han dicho en las noticias. ¿No has oído lo de China?

—¿El qué?

—Lo del virus. Han puesto toda una ciudad en cuarentena.

—¡Ah! Eso. Sí, ya me he enterado.

—Da miedo... ¿Crees que llegará aquí?

—No creo, eso dijeron en el dos mil cinco. Asustaron a todo el mundo con el SARS ese, y luego no pasó nada. Se compraron un montón de vacunas y luego se tuvieron que tirar...no temas,

1 Se refiere al Registro Central de Extranjeros.
2 Acrónimo de Residencia de Larga Duración.

han dicho en la radio que es como una gripe fuerte. ¿Por qué preocuparse?

—Dicho así... ¡ójala tengas razón! Bueno, me voy a comer. ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana!

8.

Wendy acudió puntual a declarar sobre su relación con la asesinada. Era una mujer de unos cuarenta y algo, de estatura baja y rasgos andinos. Ojos grandes y marrones, casi negros, muy maquillada. De senos prominentes, vestía muy ceñida. Era una mujer voluptuosa y quizás atractiva para algunos. No parecía una asesina.

Pedro los acompañaba, pero Juan Carlos le había indicado que guardara silencio.

—Señora Wendy, o... ¿debo decir señorita?

—Señorita —respondió con una sincera sonrisa.

—Muchas gracias por venir y por su puntualidad.

—No hay por qué darlas, señor.

—Como ya sabe, le hemos llamado para hacerle algunas preguntas sobre su relación con Azucena Romero.

—Sí, señor —contestó de un modo que dejaba clara su intención a colaborar.

—¿Cuál era su relación con ella?

Wendy se quedó pareciendo buscar la respuesta adecuada. Juan Carlos la estudiaba. No estaba retándole, así que le dio un empujoncito, en sentido figurado. —¿Su relación era profesional o entraba en el ámbito privado?

—En el ámbito privado.

—¿Eran amigas?

—Sí —dijo con un tono que transmitía poca convicción.

—¿Hace cuánto tiempo se conocían?

—Hace un año, más o menos, bueno... un poco más, la navidad pasada no, la anterior.

—¿Cómo se conocieron?

—En clases de baile... sí, allí nos conocimos.

—¿Tiene usted trabajo?

—Sí, señor.

—¿A qué se dedica?

—Soy camarera.

—¿Dónde trabaja?

—En una cafetería, en el centro. Cerca de la Vía Hispanidad.

—Mire este documento. Aquí puede comprobarse que Azucena le enviaba dinero. ¿Puede usted explicarme el porqué de estas transferencias a su cuenta?

—Era muy buena amiga —sentenció.

—Ya.

Hubo un silencio que incomodó a la entrevistada.

Juan Carlos pudo dejar que continuara, pero no lo hizo. —Verá Wendy, yo tengo buenos amigos, pero ninguno me hace ingresos regulares de...déjeme ver...setecientos euros, cuatrocientos euros, quinientos euros...

—Necesitaba el dinero. Poco después de conocerla perdí el trabajo. Me había comprado un coche. Pero con el paro llegaba a fin de mes muy justa. Ella sabía mi situación y me ayudó.

—Le daba dinero para un coche... según las fechas de estas transferencias, apenas unos meses después de conocerle. Me parece extraño... ¿no me está ocultando algo?

—No señor...

—¿Y por qué dejó de darle dinero? ¿Dejaron de ser amigas de repente? — le preguntó con tono calculadamente burlón.

—No, verá... —bajó la cabeza y guardó silencio.

Juan Carlos sacó toda la artillería con la intención de pillarle por sorpresa y romper su resistencia. —Se me ocurre..., que no me convence ese cuento de la amistad... tengo una teoría... usted descubrió algo de ella, algo que ella no quería que se supiera, y la empezó chantajear. Pero ella se cansó de pagarle, y usted necesitaba el dinero, de modo que fue a su casa para exigirle más dinero, pero discutieron y usted la mató.

Wendy miró sorprendida a Juan Carlos y negó la acusación —No señor, eso no es verdad—. Wendy negaba con la cabeza y no mostró nerviosismo ni miedo. Sin embargo, no fue capaz de contener una emoción escondida que afloraba involuntariamente, una similar a la vergüenza, o quizás al arrepentimiento. Juan Carlos lo percibió.

—No tiene coartada, y tiene un móvil económico. Pueden caerle más de quince años de prisión. Dígame que pasó. ¡No me mienta!

—No lo sé, señor. No sé qué le pasó. Créame, yo no lo hice.

—Verá Wendy, su historia flaquea por todos lados. No es creíble. Dígame que oculta, será mejor para usted. Si confiesa, podemos conseguir que su condena sea menor. Podemos llegar a un trato. Le ayudaremos.

Wendy se pensó unos instantes lo que iba a decir. Finalmente se derrumbó. Comenzó a sollozar y preguntó —¿Lo que le diga se quedará entre usted y yo?

—Si es usted inocente del asesinato de Azucena, nadie sabrá absolutamente nada de lo que me cuente, se lo prometo.

Juan Carlos hizo un gesto a Pedro para que saliera. Nada más cerrar la puerta la sospechosa cogió aire y cerró los ojos. Comenzó a temblar y a respirar con excesiva frecuencia. Algo

le atormentaba. Unas lágrimas brotaron de sus ojos negros y resbalaron por sus mejillas. —Me ofreció dinero a cambio de... bueno verá... a mí me gustan los hombres...pero me acostaba con ella — reconoció —. No estoy orgullosa de haberme vendido, pero necesitaba el dinero. Se lo ruego, mi hijo acaba de llegar de mi país, lo acabo de reagrupar, no me lo quiten y por favor, no se lo digan, es sólo un niño, no lo entendería — suplicó entre sollozos.

Juan Carlos le dio un respiro. Decía la verdad.

— No le vamos a denunciar por eso Wendy, estese tranquila. Entonces, ¿le pagaba por servicios sexuales?

Ella asintió.

—¿Y por qué dejó de mandarle dinero?

—Se cansó de mí.

—¿Sigue haciendo ese tipo de servicios con otras personas?

—No señor. Se lo prometo. Fue algo puntual.

—De acuerdo. Espere un momento —. Juan Carlos salió de la habitación para coger aire y aclararse las ideas. No tardó en mandar a Pedro para que la despachara. No encajaba en el perfil del asesino y además no tenía pruebas. No era fuerte, y buscaban a alguien capaz de inmovilizar a una mujer sin un gran esfuerzo. Volvían a estar en el punto de partida.

Pedro se acercó —¿Crees que tuvo algo que ver?

—No. Tenemos que buscar por otro lado. Por lo menos sabemos dónde no vamos a encontrar a nuestro asesino. ¿Qué sabemos del trabajo? ¿Hiciste la lista de todos los que trabajaban en su área?

—Sí, son diecisiete.

—Podía tener enemigos... ¿los has entrevistado a todos?

—Casi todos, había dos que estaban fuera del país. Todavía no han vuelto.

—¿Qué has averiguado?

—Poca cosa. Parece que la relación que tenía con los del trabajo era en general buena. Hacía su trabajo y se largaba. No se metía en líos. La opinión general es que era fácil trabajar con ella, aunque creo que a nadie le ha importado mucho que ya no vuelva a aparecer por ahí.

—¿Habrá que dedicarles tiempo?

—No lo sé, aún nos queda mucho dónde indagar, pero mi impresión es que no vamos a pescar nada en esas aguas. Tan sólo llevaba unos meses ahí. Es poco tiempo y no he encontrado que haya habido ningún incidente ni nada por el estilo que le granjeara un enemigo.

—¿Y alguna amante despechada?

—No mezclaba trabajo y placer, estoy seguro. Ninguna de las que hay entre esos diciecisiete da el perfil, la mayoría son muy mayores y las pocas que son jóvenes son hetero y están casadas.

—En algún lado tiene que estar el extremo del cordel que nos conducirá hasta el asesino.

—Sí...nos queda revisar en profundidad las cámaras de la zona.

—¿Tenemos copias de todas las cercanas al domicilio?

—Sí. Podemos meternos con eso.

—Dedícate al completo.

—Seguramente encontraremos algo.

—Seguro — añadió Pedro sin entusiasmo.

9.

Habían transcurrido varias semanas desde que asignaran a Juan Carlos la investigación del asesinato de Cuarte, que era como se conocía en jefatura al caso de la muerte de Azucena. Marcos le había adjudicado recientemente otras dos investigaciones; una relativa a un robo en una joyería en la que el responsable del comercio había recibido una puñalada; y otro sobre una riña callejera en la que un chaval había acabado en coma como consecuencia de un apuñalamiento.

Se le empezaba a acumular el trabajo. El asunto de la joyería le había absorbido un tiempo muy valioso justo cuando estaba concentrando su esfuerzo y atención en resolver el misterioso crimen de Cuarte. Ese robo le consumió mucho tiempo y energía, pero al menos el esfuerzo resultó fructífero ya que había obtenido las pruebas necesarias para poner tras las rejas a los dos responsables del asalto. En cuanto a la agresión apenas había empezado con los interrogatorios. Había muchos testigos y los hechos habían sido captados por una cámara. En consecuencia, lo puso el segundo de la lista con el fin de quitárselo de encima cuanto antes.

Pese a la escasez de tiempo para los asuntos pendientes, tenía muy presente el asesinato de Azucena. Buscaba un hueco en sus ajetreadas jornadas siempre que podía. Si de él hubiera dependido, se hubiera dedicado al completo a ese caso. Seguía dándole vueltas, indagando, revisando, repasando todo lo relacionado con el caso de la funcionaria asesinada en su domicilio. La ausencia de huellas dactilares, de testigos y de sospechosos en el círculo de relaciones de Azucena había agotado las primeras líneas de investigación. El asunto estaba pasando de ser un reto profesional a transformarse en un desafío personal. Se sentía chuleado por el asesino. La falta

de cualquier rastro claro, de pistas o de una explicación a lo ocurrido le perturbaba. La experiencia de tantos años le avisaba que tenía entre manos a un adversario formidable...y peligroso.

Sus esperanzas residían en el análisis de las imágenes que habían captado los visores digitales de las proximidades a la calle donde residía Azucena. Las cámaras de la zona habían grabado a muchas personas circulando por áreas cercanas al domicilio de la víctima. El análisis de las grabaciones fue más que laborioso. Afortunadamente Juan Carlos pudo contar al fin con la inestimable ayuda de su compañero Juan María Cánovas, al que todos llamaban "*Chemi*". Hombre callado por naturaleza era, sin embargo, tenaz y concienzudo como los grandes campeones del deporte. Cuando encontraba algo relevante gustaba decir "el que la sigue la consigue, *voilá*", para que le oyese todo el personal circundante. Esa combinación de palabras hacía las veces de "mirar esto" o "*eureka*", o cualquier frase análoga que implicase el hallazgo de algo importante. Chemi había cogido las vacaciones pocos días antes de lo acontecido en Cuarte. A la vuelta de su descanso veraniego múltiples asuntos iniciados con anterioridad a su escapada le habían mantenido muy ocupado. Juan Carlos había solicitado su ayuda y participación, pero hasta entonces no había podido tener a su pericia trabajando en el caso del asesinato de Cuarte.

La calle de Azucena carecía de cámaras. Había varios edificios nuevos, sin comercios. De modo que no pudieron observar la entrada al edificio. Ello constituía una auténtica dificultad. No tenían imágenes directas de la persona entrando al bloque por el acceso principal. Deberían encontrarlo entre las grabaciones de los transeúntes presentes en las zonas contiguas en un margen de tiempo considerable. Si alguien era capaz de rastrear con precisión esas secuencias, ese era Chemi.

Tras horas de interminable análisis consiguieron encontrar el rastro de alguien que podía ser el autor material. Lo lograron por descarte. Para ello, rastrearon los movimientos de todo peatón que transitaba por cualquiera de las calles cercanas

al domicilio de Azucena en aquel día fatídico. Seguían sus pasos hasta quedar convencidos de que no tenía nada que ver con lo acaecido. Descartaron a todas excepto a una persona. Solamente una llamó la atención de Chemi.

Por el estilo de la zancada, la anchura de la cadera y los hombros era un hombre. Llevaba puesto sobre la cabeza una visera de béisbol, pelo largo, gafas de sol y una barba que asomaba por la zona que no tapaba la visera. A aquel hombre lo detectaron por primera vez en un fotograma que marcaba las cuatro y media de la tarde en una de las calles situada a varios bloques de la vivienda de Azucena, moviéndose en dirección a Zaragoza. Siguieron sus pasos, retrocediendo en el tiempo y estudiando cada una de las grabaciones. Con esa táctica pudieron confirmar que pasó por la vía que daba acceso al domicilio de la víctima, y lo más importante, arribó a la zona poco antes de las tres de la tarde, justo antes de que se produjera el crimen. Apareció con una mochila a la espalda y montado en un patinete de esos que hay que empujar para desplazarse. En ningún momento levantó la cabeza, miraba constantemente hacia el suelo. No se le veía la cara, apenas la zona de la barba hasta la parte baja de la mejilla. No pudieron obtener ningún fotograma en la que se observara la nariz ni tampoco los ojos.

Siguieron el trayecto que recorrió durante el trayecto de ida, como en el cuento de Hansel y Gretel, con la esperanza de que les llevara hasta su domicilio o lugar desde donde había partido. Para su sorpresa, no llegó desde Zaragoza. El muy avispado había enfilado su trayectoria desde la zona del desierto, desde el sur, en sentido Teruel a Zaragoza. No había cámaras por ese vasto páramo, tan solo las de tráfico de la autovía, que no sirvieron puesto que el misterioso patinador las había mantenido lejos y a su espalda. Surgió por debajo de uno de los largos viaductos. No pudieron ni siquiera estimar de dónde venía. Encontrar rastros fidedignos en esa zona era harto improbable.

Si no podían arrinconarlo por donde había llegado, quizás lo pillaran siguiendo la ruta de escape. Siguieron su recorrido gracias a las numerosas cámaras de la ciudad. Había escapado tomando el sentido contrario al de la llegada. —"¿Por qué hizo eso?" —se preguntaba Juan Carlos.

Salió de Cuarte de Huerva por la ruta que lleva hasta el parque de atracciones. Una vez llegó a esa zona hizo una larga parada en los pinares cercanos al cementerio municipal.

—¿A dónde vas cabrón? ¿Por qué te quedas ahí? —maldijo Juan Carlos cuando Chemi le indicó la pausa.

—Sabe que le seguimos —añadió Chemi, que se esperaba algún tipo de sorpresa, aunque no la que había descubierto. Aún mantenía la esperanza de que el fugitivo cometiera un error, o el azar le hiciera cometer una imprudencia rastreable. Chemi continuó manejando los controles del visualizador y ojeaba con detenimiento la pantalla en busca de cualquier detalle que les pudiera ayudar.

No pudieron encontrarle durante las horas que siguieron al apeo en el pinar, pero perseveraron y, ¡bingo!, lo volvieron a detectar cuando anochecía.

Aquel individuo debía de tener hielo en las venas. Había esperado varias horas en aquel lugar. Si era el asesino era lógico pensar que supondría que la policía estaría buscándolo. Y sin embargo, permaneció casi toda la tarde en la misma localización. —"¿Impasible?, ¿temerario?" —Juan Carlos no tuvo nada claro por cuál de las facetas inclinarse.

En la penumbra menguante que anunciaba la llegada de la noche caminaba el misterioso personaje, siempre con la cabeza hacia abajo, agarrando el patinete con su brazo izquierdo.

—Fíjate, ¿hacia dónde va?

—Es verdad, ¡ha cambiado de dirección!

—Se dirige hacia la zona de los hospitales.

—¿Por qué hará eso?

—Quizás reside por ahí y se dirige a su casa... pero lo dudo —adivinó Juan Carlos a la vez que señalaba la zona cercana a los hospitales de la parte suroeste de la ciudad.

—Vamos a ver a dónde se dirige... —murmuró Chemi sin quitar los ojos de la pantalla.

Con paciencia y precisión continuaron localizando el trayecto que el hombre de la gorra recorrió ese día.

—¡Qué hijo de...! —exclamó Juan Carlos cuando finalmente pudieron desvelar a dónde se había propuesto llegar el hombre del patinete.

Había seguido andando hasta alcanzar la vía Hispanidad desde que saliera del pinar cercano al parque de atracciones. Andando. Giraba la cabeza de vez en cuando, siempre utilizando un ángulo que impidiera mostrar sus facciones. Nunca elevaba la barbilla. Una vez llegó allí se montó en el patinete y avanzó a gran velocidad por el extrarradio de la ciudad hasta alcanzar el centro logístico ferroviario Plaza. Y allí se esfumó.

Juan Carlos y Chemi analizaron las cámaras de la estación y pudieron ver como el individuo se metía entre las vías, camuflándose entre dos trenes de mercancías estacionados. Repasaron las grabaciones de la estación de ferrocarril pero no volvieron a verlo por ninguna parte. A partir de ese lugar y ese momento le habían perdido.

Chemi se levantó de la silla de oficina y se quedó mirando a su compañero con una mueca dibujada en sus labios.

—Desembucha —le instó Juan Carlos de un modo afable, deseoso de saber lo que Chemi tenía en mente.

—No había visto algo así desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que este tío tuvo las pelotas de quedarse en el pinar varias horas. Arriesgó mucho. Desde el pinar podía detectar si le seguíamos la pista, si le mordíamos los talones. Si hubiera notado nuestra presencia tenía fácil escapar con el patinete ese. Hay una multitud de salidas con buenas conexiones a zonas donde darnos esquinazo. Seguro que tenía prismáticos en esa mochila y estuvo vigilando los accesos. Entre los árboles podía moverse ocultándose con facilidad de los coches. Cuando estuvo seguro se largó hasta llegar a la zona de la estación donde le hemos perdido.

Juan Carlos asintió, dando por buena la hipótesis de su compañero.

Chemi finalizó diciendo —Ha sido un asesinato bien planeado y ejecutado. Está claro que hay premeditación. ¿Crees que es un profesional?

—No estoy seguro. Un profesional habría hecho un trabajo más limpio. Hay demasiada sangre, demasiada lucha... este caso se me está empezando a atragantar. — Juan Carlos se mantuvo pensando unos instantes antes de continuar. —Voy a pedir información de esos trenes. Tú estudia todas las cámaras de los alrededores, no vaya a ser que volviera sobre sus pasos. No pierdas detalle, parece un tipo listo, puede que haya hecho todo ese viaje para tratar de despistarnos.

Seguidamente Juan Carlos se ocupó de solicitar al responsable de turno los destinos y horarios de los convoyes que transitaron aquella noche: dos trenes partieron desde el centro logístico en horas posteriores a la llegada del fugitivo.

Terminada la jornada, Juan Carlos se pasó por el bar situado frente a su casa. Necesitaba desconectar, y nada mejor que la cháchara sobre la actualidad deportiva con los jubilados y el barman, todos ellos viejos conocidos del concienzudo sabueso.

10.

El viaje en aquel vagón de tren había resultado peligroso. Haberse atado con una cuerda le había salvado de caer del mismo en un par de ocasiones en que unas fuertes rachas de viento arremetieron con fuerza contra el convoy.

Confiaba en su buen hacer. Le había costado mucho tiempo analizar y explorar esa parte del plan. Tuvo que hacer dos viajes nocturnos para asegurarse de que su vía de escape era segura. Aquel tren le había llevado hasta las cercanías de uno de los pueblos donde bajan la velocidad lo suficiente los distintos trenes de mercancías que circulan por la vía que conduce hasta el puerto de Valencia. Se apeó cuando el maquinista redujo la velocidad lo suficiente antes de detenerse en un apartadero. Y lo hizo para evitar ser grabado por las cámaras.

A esas horas de la madrugada no había nadie en los alrededores por lo que se escabulló como una sombra. La semana anterior había dejado una mochila escondida en el corazón de una arboleda situada a poco más de dos kilómetros de la vía del tren.

La noche estaba inundada por la luz de la luna. Caminó hasta alcanzar los árboles y tras localizar la mochila extrajo de la misma una pequeña tienda de campaña. Una vez dentro colocó su machete junto al acceso y sacó una pequeña cantimplora, comida en lata y una petaca. Tras comer e hidratarse se bebió la mitad del brandy que contenía la petaca y se echó a dormir.

El día siguiente lo pasó esperando a que llegara el último tren de cercanías que se dirigía a Zaragoza. Calculó el tiempo que le costaría llegar a la estación con el fin de partir con la antelación suficiente, pero a su vez para no tener que esperar a la llegada del tren dentro de la estación.

Recogió todo antes de ponerse ropa limpia y echarse un poco de colonia que había llevado en un minúsculo frasco. No quería llamar la atención. Además, se colocó una gorra y gafas de sol.

Se dirigió hacia la estación a paso lento. Cuando divisó al tren en la lejanía, apretó el paso. Tiró a un contenedor la ropa que había usado el día anterior y la basura que había generado desde que se apeó del tren de mercancías. Accedió a la pequeña estación segundos antes de que el tren se detuviera.

Se subió en uno de los vagones, dejó la mochila encima de uno de los asientos vacíos y se metió en el servicio. Notó que el tren se puso en marcha, pero tardó un rato en salir del aseo.

Esperó a que llegara el revisor para pagarle en efectivo la pequeña cantidad que costaba el billete. El resto del viaje lo pasó mirando por la ventana y repasando mentalmente todo lo que había hecho desde el día anterior.

Cuando llegó a casa de su tía, ella le preguntó si había disfrutado de su breve escapada. Él le había contado una milonga, que se iba con un ligue ficticio, y había colado. Le dijo que el asunto había colmado sus expectativas y para finalizar le anunció que tenía intención de volver a casa de su madre la semana siguiente.

Se iba cumpliendo todas y cada una de las partes del guion que él había ideado.

11.

Aquella mañana Chemi y Juan Carlos comenzaron la jornada en una cafetería cercana a jefatura. El vapor humeante del café ascendía entre ambos policías que, sentados en una de las numerosas mesas, analizaban la huida del misterioso criminal al que habían seguido el rastro por media ciudad.

—Probablemente se montó en uno de ellos, bien escondido, y viajó hasta donde él hubiera planeado apearse. Va a ser complicado encontrarlo.

—Va a ser una investigación larga y tediosa Juan Carlos. A estas alturas puede estar en cualquier sitio, hasta en Sebastopol.

—¡Desde luego!

Juan Carlos bebía el café con la mirada perdida.

—¿En qué piensas?

—Estoy imaginando lo que hizo al llegar a su destino. Se cambió el atuendo, se afeitó, y se deshizo del patinete.

—Pudo hasta haberse casado —dijo Chemi con acritud.

—Es atrevido y tiene un fuerte autocontrol. Si hubiera entrado en pánico habría escapado en coche, pero no en un tren de mercancías.

—En coche... ya estaría frente al juez. ¿Y si alguno de los ferroviarios le ha visto? Si tenemos mucha suerte quizás obtengamos una descripción.

—¿Y a qué ferroviarios me dirijo? —se preguntó a sí mismo, pensando en alto —Tendré que ir a cada parada de esos dos trenes y preguntar a cada uno de los ferroviarios.

—Dos trenes con dos paradas, una en destino. No te costará mucho.

—Voy a cazar a ese tipo.

—Estoy seguro...

La investigación iba tomando forma. El autor había escapado tras matar a la víctima y nadie lo había visto. ¿Casualidad? No. Su forma de actuar después del crimen incitaba a sospechar que incluso había estudiado las costumbres veraniegas de los vecinos del bloque. Cometió el asesinato en el momento que nadie pudiera oír ni ver nada. Y así fue porque estaban de vacaciones. Además, tenían un perfil físico y psicológico del asesino; era un hombre, entre los veinticinco y los cuarenta años, blanco, de alrededor de metro ochenta de altura, atlético, minucioso, paciente, cruel y con autocontrol.

Una vez tuvieron claro que el de la gorra y el patinete era el criminal que estaban buscando pudieron organizar y orientar la investigación. El crimen no sucedió fortuitamente, fruto de un arrebato, sino que había sido planificado con antelación. Era un asesinato en toda regla, por consiguiente, el responsable tenía que tener un motivo para cometer el crimen, pero ¿cuál?

El perfil del asesino indicaba que poseía las cualidades del perfecto fugitivo, y eso implicaba que atraparlo iba a resultar extremadamente difícil. Esta reflexión pasó por la mente de Juan Carlos y en su interior germinó la semilla del temor a no ser capaz de apresarlo. En contraposición a las cualidades del prófugo, su antagonista presentaba unos rasgos que equilibraban la partida. La constancia era una de las virtudes que definía a Juan Carlos, y otra no menos poderosa era el compromiso, surgida de su innata vocación. Si fuera necesario caminaría a lo largo de la vía férrea hasta encontrar algo que le fuera de utilidad, lo que fuera, hasta sus ropajes, si es que los había tirado.

Juan Carlos decidió ir con Pedro a husmear en el pinar donde el hombre del patinete había pasado varias horas. En realidad,

era un bosque urbano, relativamente extenso, situado cerca del parque de atracciones y del cementerio municipal. Buscar algún rastro de él era tarea ardua pues había por el suelo cientos de objetos. Pudieron ver desde latas, papeles, bolsas y restos de comida, hasta ladrillos y tubos de metal procedentes de la construcción. Ninguno de ellos podía asociarse al sospechoso. El día era caluroso y sin viento, típico del verano zaragozano. Estar en esa arboleda perdiendo el tiempo era lo último que deseaban hacer. Decidieron largarse y centrar sus esfuerzos en la estación.

Obtuvieron la lista de los códigos de todos los vagones que partieron aquella noche. Como había pasado bastante tiempo no esperaban poder examinar a la mayoría de ellos. Tuvieron suerte no obstante, ya que no los habían diseminado a los cuatro vientos. Los trenes de mercancías cubrían una ruta que portaba normalmente grano y suministros de metales y gases, con lo que los encargados de logística de la ruta simplemente dejaban en vía seca los que no necesitaban, y los volvían a reclutar cuando lo requería el flujo de mercancías que llegaba a la terminal. Registrar aquella área entre tantos vagones de aquellos de trenes resultó laborioso. Juan Carlos y Pedro peinaron todos aquellos que pudieran haber albergado al fugitivo. Sin embargo, la búsqueda de indicios no rindió ningún hallazgo, nada que pudieran asociar con el perseguido. Ni rastro.

Menos de dos días después de haber determinado cómo había escapado el asesino, la inmensa mayoría de las claves que constituían aquella lista estaban tachadas. Solamente faltaban cuatro códigos alfanuméricos por comprobar, y según los de la compañía de trenes esas cuatro plataformas estaban en la estación de Valencia y no iban a moverse de ahí en al menos un mes. Uno de los dos veteranos policías tendría que desplazarse hasta la ciudad levantina para comprobar algunos de esos portacontenedores que viajaban sobre raíles.

No tardó mucho en decidirse el asunto. Mientras volvían a jefatura Juan Carlos reflexionó sobre ello y tomó con rapidez una decisión. Partiría en coche, ¿podría volver en el mismo día con el trabajo hecho? "No lo creo", de modo que "¿por qué no aprovechar la ocasión y ver a los viejos amigos? ¡Qué demonios!"

Juan Carlos transmitió a Pedro su plan nada más decidirlo y reservó desde el ordenador de su despacho una habitación en un hotel de tres estrellas cercano a estación de la capital levantina.

12.

El día tenía un color diferente, fruto del prisma del que lo contemplaba, el prisma del júbilo. Pese a que acababa de amanecer y la penumbra seguía presente, el solo hecho de viajar a la costa y poder ver el Mediterráneo transformó la percepción que tenía Juan Carlos de aquel día del calendario. El deseo le estimuló a levantarse temprano. El deseo por percibir ese conjunto de luz, esos contrastes de colores en la costa, los frescos y revitalizantes olores a flores blancas y mar.

Cerca de una hora después de montarse en el coche paró para desayunar en uno de esos apeaderos para viajeros que hay en la Autovía Mudéjar. Pasó el viaje escuchando la radio y dándole muchas vueltas al asunto que le llevaba a Valencia. Repasó mentalmente toda la información que tenía, una y otra vez, tratando de encontrar un camino que le sacara del atasco en el que la investigación parecía estar desembocando. También pensó en Loli, aunque trató de no alimentar el embrión de una pasión que ya estaba creciendo en su interior.

El sol bañaba las tierras por las que transitaba, iluminando con intensidad los pueblos y paisajes montañosos de la provincia de Teruel. Durante algunas partes del trayecto Juan Carlos bajó la ventanilla al completo y bajó la velocidad con el fin de no dejar pasar la ocasión de olfatear los deliciosos aromas a pino. Al alcanzar a ver el risco de Sagunto, con su imponente fortaleza, sacó el teléfono para asegurarse que alguien estaría disponible para guiarle sobre el terreno.

El hombre de la compañía de transporte por ferrocarril le esperaba en la estación Fuente San Luis cuando llegó. Era alto, delgado, de ojos negros y nariz aguileña. Canoso y con una calva restringida a la azotea del cráneo portaba ropa cómoda de trabajo y gafas. Cortés, aunque parco en palabras, se presentó

después de que Juan Carlos le mostrara la placa. El tal Joel, que así se llamaba, le condujo entre la maraña de esqueletos metálicos esparcidos por la extensa explanada que formaba parte de la estación. Con el brazo extendido y el dedo índice le señaló tres plataformas conectadas situadas en una de las vías, y una cuarta que se encontraba en otra paralela, a unos cien metros de las otras tres. Comprobó los códigos en la lista, y olé, los de la compañía la habían clavado, eran los cuatro que faltaban.

—¿Ha llovido en las últimas tres semanas por aquí?

—No, que yo sepa... —contestó Joel sin más interés — oiga, tengo cosas que hacer, así que si no me necesita estaré en la oficina, junto a donde ha aparcado el coche. No tiene pérdida.

—De acuerdo, vaya. Gracias.

Empezó por el huérfano. Escudriñó todos los lados; abajo, laterales, arriba. Nada había que pudiera haber pertenecido al esquivo hombre del patinete. Tachó el código correspondiente. El sol valenciano iluminaba hasta el más mínimo detalle. Se dirigió entonces hacia las tres plataformas que quedaban por revisar. Repitió la operación. Debajo, arriba, laterales, nada. Siguiente. Abajo, arriba...algo llamó su atención. Una de las zonas del extremo del vagón estaba menos corroída que las demás, justo en el lugar donde se podría alojar un polizón. Era una pequeña área con forma de circunferencia de contorno irregular. Las tonalidades del oxidado metal eran similares entre sí, aunque no iguales. Es como si se hubiera pasado un trapo para limpiarlo... o como si alguien se hubiera sentado un buen rato en aquel sitio y hubiera frotado su trasero contra la superficie. Frente a la zona mencionada, líneas de brillo distinto al de aquel suelo de metal habían quedado dibujadas por todos lados; arcos alargados, medias lunas, líneas arqueadas, trazos cortos y gruesos. Era el rastro de una suela de goma. Alguien había estado sentado allí y no parecían pisadas de los trabajadores del ferrocarril. Colocó al lado una moneda de dos euros con el fin de que sirviera de referencia para

poder calcular distancias y longitudes, y seguidamente sacó varias fotografías desde distintos ángulos. Cogió muestras de las frenadas del calzado. Seguidamente revisó los laterales. Le pareció ver la marca de un escupitajo seco. Tomó una muestra. En una de las esquinas, cerca del conjunto de marcas y rastros observó la presencia de un trozo pequeño de un material reseco, en la hendidura entre dos vigas de metal, junto a una soldadura. Su grosor alcanzaba poco más de un milímetro, parecía estar pisado, y era de color amarillento. Era el resto de una golosina o un chicle. Alguien la había pisado e insertado en la hendidura. La fotografió y recogió todo el material que fue capaz. ¿Era posible? ¿Había encontrado un indicio? Si tenía suerte, el individuo que buscaba sería el mismo que el que la había escupido y si lo era, ahora tendría una muestra de su ADN. Aunque podía tener su origen en cualquier otro individuo, la guardó en una pequeña bolsa de plástico para pruebas y la selló.

No se largó sin comprobar antes que el vagón que aún le quedaba por revisar, aunque tal y como esperaba no encontró nada.

Juan Carlos se despidió del ferroviario y salió de la estación con intención de aprovechar lo que le quedaba del día para visitar a varios amigos y compañeros. Intención que cumplió con creces.

Durante el trayecto de vuelta a Zaragoza dispuso de varias horas para meditar sobre el estado de la investigación. Si las muestras recogidas eran del hombre del patinete podría establecer un vínculo entre el personaje y la escena del crimen. Llegado el caso podría ser una prueba determinante durante el juicio. Pero para poder realizar una comparación tendría primero que identificarle. En otras palabras, si no le encontraba esas muestras no servirían para nada. No le quedó más remedio que asumir que existían cada vez más posibilidades de que no fuera capaz de esclarecer la autoría del asesinato de Azucena.

Tampoco ayudaba el hecho de que no era el único caso que debía atender. A este respecto al día siguiente de su regreso desde Valencia se reunió con Pedro y Chemi para discutir la organización del trabajo más urgente que debían atender. Los asuntos se iban amontonando y Marcos empezaba a impacientarse. Dada la situación decidieron dedicarse a otros casos con más posibilidades de ser resueltos con rapidez, aunque sin archivar la investigación del asesinato de Azucena Romero. Sin embargo, en la práctica eso constituía una suspensión de la misma.

Juan Carlos mandó a Chemi a husmear por el barrio de Las Delicias. Tenía que resolver la autoría de dos robos a punta de navaja en comercios del barrio que habían dejado a un comerciante herido en el abdomen, ingresado en el hospital y en estado grave. Sabía por la descripción de los testigos que los vieron salir a la fuga, que eran dos hombres de mediana edad, uno tenía barba, y ambos llevaban gafas de sol. Chemi había terminado de estudiar concienzudamente las grabaciones de las cámaras instaladas en las vías públicas cercanas al lugar de los hechos mientras Juan Carlos se desplazaba a Valencia. El comercio de la víctima se encontraba en un bloque cuya fachada estaba cubierta con andamios, pues unos operarios de una constructora local estaban restaurando la fachada. Era uno de esos proyectos financiados parcialmente por el ayuntamiento, que tienen el objetivo de embellecer los viejos barrios del centro de la ciudad. Para desdicha de la policía y ventaja de los criminales un operario había dañado el sistema eléctrico de las cámaras de la calle del comerciante asaltado. Por consiguiente, no había grabaciones en la calle donde ocurrieron los hechos y en la adyacente no había cámara. Eso limitaba las opciones de la búsqueda gravemente. Nada bueno. De modo que había organizado encuentros con algunos informadores que tenía por la zona, a ver si Chemi conseguía alguna información que le llevara a identificar a los asaltantes.

Pedro tenía que ir a hablar con los testigos de una agresión que había dejado a un chaval de dieciocho años entre la vida y la

muerte. Una bronca en un botellón. Demasiado frecuente por aquellas fechas.

Por su parte Juan Carlos se dirigía al hospital a tomar declaración a una víctima de un atraco.

Una vez organizado el trabajo, los tres salieron a la vez y caminaron juntos hacia el garaje. Durante el trayecto Chemi mencionó una noticia que le había llamado la atención, un hecho que empezaba a mostrar su verdadera dimensión por aquellos días.

—Han cerrado todo el norte de Italia — anunció Chemi.

—La Lombardía entera — añadió Pedro.

—Más de quince millones de personas aisladas —dijo Juan Carlos.

—Dicen que está muriendo mucha gente... —comentó Chemi.

—Parece ciencia ficción, como una película de esas del fin del mundo... —dijo Pedro.

—Nadie esperaba algo así. Impresiona la medida, desde luego — dijo Juan Carlos.

—¿Creéis que llegará aquí? —preguntó Pedro.

—Italia está a tiro de piedra —dijo Chemi.

Juan Carlos se encogió de hombros. — Seguro que sí, con todos los vuelos que han estado llegando desde esa zona. Pero si llega, ¡qué más da!, dicen en la tele que es como una gripe.

—No me encaja. Si es como la gripe ¿por qué tanto lío? — dedujo Pedro.

—Parece que mata un poco más que la gripe pero que es extremadamente contagioso, aunque quizás no nos estén contando la verdad —sugirió Juan Carlos.

—Puede que no sepan nada y por eso toman precauciones — elucubró Pedro.

—No se aísla a millones de personas por no saber nada. Está claro que es peor de lo que parece —sentenció Juan Carlos.

—Lo que he oído es que mata a un tres por ciento de los contagiados, la gente que está en las últimas. Al menos eso es lo que he oído en la radio — comentó Chemi.

—Ya veremos qué pasa, pero seguro que nada bueno — sentenció Juan Carlos.

—A mí esto me empieza a dar muy mala espina —aseveró Chemi mientras saludaba con la mano y se metía en el coche.

13.

Se sentó en el pequeño escritorio de la habitación. Había terminado las hojas del primer cuaderno, por lo que acababa de comprar el segundo de ellos.

Cogió el bolígrafo, escribió la fecha de ese día en la esquina superior y continuó trabajando en plasmar sobre el papel sus pensamientos.

Dentro de él no quedaba rastro de esperanza, hacía tiempo que la había enterrado. El otrora espacio de su corazón ocupado por la alegría y la ilusión estaba ahora repleto de dolor, rencor e ira. La persona llena de energía, comunicativa y con ganas de vivir había tornado en otra cruel, malévola y taciturna. Tan solo la planificación y puesta en marcha de su plan le había conseguido sacar de la depresión que había empezado a padecer años atrás.

Se había marcado un objetivo hacia el que ya había dado pasos importantes. Tener una meta le había salvado de madurar el suicidio que ya había empezado a levitar en su mente, algo que el tratamiento con fármacos no había conseguido liquidar.

Cuando dejó el bolígrafo sobre la tapa del cuaderno inspiró intensamente, se incorporó y se tumbó sobre la cama.

Repasó mentalmente sus últimas acciones buscando algún error o descuido al que pudiera asirse la policía para rastrearle y pescarle. Llegó a la conclusión de que todos sus movimientos habían sido perfectamente proyectados.

Ahora tocaba decidir cuándo dar el siguiente paso. No tenía prisa, pero por otro lado ¿por qué esperar? La epidemia había interrumpido las tareas exploratorias que llevaba a cabo para poder matar a la siguiente en su lista. Había invertido mucho

tiempo y esfuerzo en labores de vigilancia con el fin de poder sorprenderle y escapar con seguridad.

Tuvo que volver a estudiar sus costumbres y sus horarios. Desde que habían levantado el confinamiento visitaba el aparcamiento de vez en cuando. Si le paraba la policía lo tenía fácil en el aparcamiento de un hospital, tenía la respuesta preparada; "voy al médico, tengo síntomas de coronavirus".

No le habían parado ni una sola vez.

Entendió que para su propósito él virus constituyó un golpe de suerte. Le aseguraba la presencia de mucha menos gente en todo momento. Ello implicaba que cuando lo llevara a cabo la posibilidad de que un azar del destino pusiera a algún desgraciado en su camino disminuía considerablemente. Esta vez estaría rodeado de cámaras. Un solo error y lo atraparían antes de poder alcanzar su propósito. Por otro lado, la policía estaba centrada en muchos menesteres diferentes a los habituales, y vigilar el hospital de noche no era uno de ellos.

Sí, decidió que había llegado el momento.

Sentía cierto desasosiego, solo podría hacerlo una vez. Le gustaría repetirlo porque fue la inductora, y eso la convertía en la que más odiaba: "¡la justicia por fin te alcanzará pronto maldita!". "Tendré que correr el riesgo... haré lo que sea para que sepa el por qué va a morir y cuándo, para que lo último que vea sea mi cara y la obra de sus actos: yo".

Tumbado sobre la cama fruncía el ceño y fijaba sus fríos ojos en el techo, incapaz de dedicar sus pensamientos a otra cosa. Su venganza le obsesionaba, le enfurecía, su odio retroalimentaba a su cólera, y de ese modo, paso a paso, iba hundiéndose cada vez más en las tinieblas, incapaz de imaginar que otro presente y otro futuro era posible. Estaba condenado, y era plenamente consciente de ello.

14.

Febrero de 2021.

La sensación que sintió ese día al despertar era difícil de describir. Como si estuviera experimentando un *deja-vú*. El bienestar lo originaba la mezcla de las largas horas de sueño que había disfrutado junto con la ausencia de sentir urgencia por levantarse.

Tenía el día libre y a Sonia le apetecía permanecer ociosamente en la cama. A ratos se abrazaba a la almohada, o se colocaba boca arriba con los brazos abiertos. Abría los ojos de vez en cuando y volvía a cerrarlos. No tenía ese impulso de levantarse y tenerse que poner a hacer cualquier cosa. Un impulso que le había acompañado todos los días desde hacía muchos años. Era como si recordara tiempos ya vividos en la adolescencia, tiempos anteriores a aquellos en que las prisas y el reloj dominaban su vida.

Atrás quedaba el fuerte desgaste que había provocado en ella el esfuerzo que tuvo que invertir para superar la oposición a inspectora. Fueron más de doce meses estudiando todas las tardes y fines de semana. Su plan de trabajo era simple y algunas personas lo considerarían espartano. Trabajaba de 7.30 a 15.00 h. Después de salir del trabajo, tras comer, descansaba un rato y se ponía a estudiar al menos desde las cinco y media de la tarde hasta cerca de las nueve de la noche. Tras la cena pasaba un rato con su familia y se metía pronto en la cama. Y vuelta a empezar. Día tras día. Los fines de semana los pasaba aprendiendo las distintas partes del temario.

Durante ese tiempo con frecuencia durmió poco y mal. Tanta dedicación al estudio rozó lo obsesivo. Le afectó hasta

el punto de descuidar su aseo personal, lo cual constituía un comportamiento muy extraño en ella.

Sonia es de ese tipo de personas que se conoce a sí misma, que sabe lo que puede y lo que no puede llegar a hacer. Consciente de su constancia y capacidad se marcó ese objetivo porque simplemente creía en sus posibilidades. Pese a lo exitoso del resultado final tuvo que pagar un duro precio. Al cabo de muchos meses de reducir su vida poco más que a ir del trabajo a casa y a estudiar, llegó a experimentar un perceptible deterioro psicológico. Se volvió irascible y con frecuencia parecía ausente, pues si se le hablaba no respondía y de sus labios apenas brotaban palabras. Este padecimiento temporal provocado por el agotamiento era consecuencia de esa constante actividad intelectual y del hecho de no poder desconectar de todo lo relacionado con ese objetivo.

Pero aquello ya era historia. Fue tras el paso por la academia cuando todo empezó a ser como debía ser. Volvió a disfrutar de las ocupaciones que le hacían sentirse feliz: salir los fines de semana, pasar tiempo con su familia, ir de compras, tomar un café con las amigas de toda la vida... Empezó a invertir un poco de tiempo en esculpir su cuerpo en el gimnasio y ponerse en forma. Lo continuó haciendo hasta sentirse otra vez atractiva.

Había conseguido su objetivo; tenía su plaza y se dedicaba al trabajo que había deseado. Sin embargo, esa era solo una cara de la moneda. La otra; su trabajo diario. Una labor para que la que hay que tener valor y control de uno mismo.

Acababa de participar en la resolución de un caso que le había helado la sangre. Pese a que en la academia le habían enseñado la clase de asuntos en los que iba a tener que sumergirse de lleno, aquel le produjo una intensa aversión, tanto que le cambió el ánimo durante semanas.

No hacía mucho tiempo atrás varios canallas habían violado en grupo a una niña de catorce años cerca del puerto de

Alicante. Los compañeros destinados en la ciudad levantina habían detenido a todos los implicados excepto a uno, que había logrado escapar. El fugitivo era un hombre de treinta y dos años que tras huir terminó instalándose en Pamplona. Desafortunadamente para él, no sabía que se encontraba ya identificado por la policía. Así que no se inhibió de presentarse en la Oficina de Extranjería con el fin solicitar la renovación de un permiso de residencia y trabajo.

Los agentes la Brigada de Extranjeros lo detectaron cuando se presentó en recepción para pedir un boleto impreso, de esos que se imprimen secuencialmente en toda oficina donde hay que pedir cita para que te atiendan. El susodicho se sentó en la atestada sala de espera con su turno ya impreso en un papel. Mientras tanto, a pocos metros de él, en una habitación adyacente el inspector que estaba de servicio constató la presencia e identidad del fugitivo y avisó inmediatamente a la Unidad de Delitos Violentos de la Brigada de la Policía Judicial. Sonia fue la encargada de montar el operativo para detenerle.

La intervención resultó impecable. Lo cogieron por sorpresa. Sentado frente a la funcionaria que se encargaba de la recepción y asignación del turno a las personas que llegaban con cita, el hasta ese momento impune individuo apenas podía mantenerse quieto. Quería entregar los documentos que tan esmeradamente había preparado y largarse de allí, alejarse de tanto policía. De modo que centrado en su meta y mientras meditaba sobre sus planes vitales, el criminal no se percató de que tres agentes de paisano se habían colocado a su espalda. Esperaron unos minutos después de que empezase con los trámites, y lo hicieron uno a uno para no despertar su recelo. Cuando una voz surgió a sus espaldas pronunciando su nombre, se giró y su rostro se convirtió en toda una definición de lo que es la sorpresa.

Uno de los agentes cortaba la salida de la sala apoyando la mano sobre la pistola. Delante de éste, los otros dos se encontraban con las defensas preparadas. A cuatro metros

cinco uniformados cerraban el paso y servían de refuerzo, todos ellos con las defensas en mano.

Frío como un tempano de hielo el prófugo estudió la situación con la rapidez de un felino. La oficina no tenía salida en esa parte del edificio, en cuestión de segundos concluyó que no tenía ninguna posibilidad y cualquier intento de huida sería inútil y agravaría su pena. Estaba en aplastante inferioridad numérica, rodeado y sin posibilidad de escapar. No se resistió.

Los agentes le esposaron y seguidamente lo cachearon como es de rigor. Para su sorpresa descubrieron que llevaba encima un cuchillo de más de veinte centímetros.

Sin embargo, ahí no terminó la cosa. Varios policías encabezados por Sonia le llevaron a su domicilio con la finalidad de practicar un registro y conseguir cualquier prueba incriminatoria. Sonia había solicitado permiso al juez nada más conocer la presencia de ese criminal en Pamplona, y es que el rastreo era obligado porque los individuos de su calaña suelen delinquir en muchos ámbitos. Además, deseaba encerrarlo para mucho tiempo dada su peligrosidad y el delito que se le imputaba. Así que esperaba encontrar algo que ayudara en su empeño, aunque no imaginaba qué se iba a encontrar. Lo que descubrieron al entrar superó todas las expectativas.

Cuando entraron en aquel piso, Sonia tuvo esforzarse a fondo para poder contenerse y refrenar el deseo de tomarse la justicia por su mano, lo cual hubiera arruinado su carrera. Tres secuaces tenían secuestrada a una chica. La habían violado repetidamente. Por lo que averiguaron después la habían drogado y se la habían llevado al piso en el coche con el que había viajado desde Alicante.

Una ambulancia se detuvo en el portal y se llevó a la víctima al hospital. Lo último que Sonia supo de ella cuando empezó el juicio es que seguía en tratamiento psicológico. Un año después la joven había adquirido pánico a salir de casa y no acababa de recuperarse.

Aquellas alimañas fueron condenadas a doce años de prisión.

Habían pasado tan solo unas semanas después de comenzar el proceso judicial contra los agresores. Cuando acabara el día que había empezado remoloneando en su cama, de madrugada, Sonia iba a recibir una llamada de su superior anunciándole un nuevo crimen del que iba a tener que ocuparse.

15.

El doctor Jesús Ángel Caldero se sentó frente a su ordenador para redactar el informe del último fallecido al que había intentado salvar sin éxito.

Los síntomas iniciales habían sido cansancio, dolor de garganta, tos y una ligera fiebre. La PCR[3] practicada rindió un resultado positivo en COVID 19. Padecía de hipertensión moderada, lo cual sería determinante para su evolución clínica. Seis días después de dar positivo en la prueba diagnóstica lo ingresaron. Respiraba con mucha dificultad. Recordaba su voz, una voz apagada y sin fuerza, triste, que describía claramente el estado en el que se encontraba. Al ingresar presentaba una tensión arterial alta; 155 mmHg, frecuencia cardiaca alta; 112 pulsaciones por minuto, y una tasa respiratoria alta; 26 respiraciones por minuto. Una primera valoración fue suficiente para saber qué pruebas tenía que realizar de inmediato: radiografía de tórax y análisis de sangre.

Cuando llegaron los resultados el pronóstico empeoró. La radiografía de tórax mostró anomalías, áreas de consolidación sub-segmentarias. Tres días después ordenó que le hicieran otra. La segunda radiografía mostró sombras masivas de alta densidad en ambos pulmones. La evolución había sido extremadamente rápida. Jesús Ángel lo había visto en muchas ocasiones los meses anteriores y sabía lo que implicaba. —"No va a salir de esta. Tiene los pulmones como un queso *grouyer*" —pensó. Dos días después falleció.

Tras grabar la historia clínica apagó el aparato y se incorporó. Estiró con su mano izquierda el extremo de la manga derecha

[3] PCR: Acrónimo de *"Polimerase Chain Reaction"*, Reacción en Cadena de la Polimerasa.

de la bata que llevaba puesta y retiró el brazo derecho. Quitarse la bata implicaba alcanzar, ¡por fin!, el final de aquella maratoniana y agotadora jornada de trabajo. La actividad acumulada durante aquel largo día le había dejado doloridos los músculos deltoides, los trapecios, y por supuesto, las lumbares. Se acercaba a la edad de jubilación y las largas horas de concentrada precisión que algunas operaciones requerían, pasaban factura a una salud cuyo vigor había dado síntomas de menguar desde largo tiempo atrás.

Fue al servicio y orinó. Cuando hubo terminado se vistió con la ropa de calle y dejó sus atuendos de sanitario en el cesto donde se dejaba la que debía enviarse a la lavandería. Se abrigó con una bufanda de lana y un abrigo largo, azul, forrado y elegante hasta en las costuras, y salió por el pasillo con sus pensamientos centrados en la cena y la cama.

Cuando desembocó en el mostrador de acceso de esa planta, una enfermera se cruzó con él y le avisó de que no llevaba la mascarilla puesta. No tuvo que volver ya que llevaba una en el bolsillo del abrigo. Sorprendido por el despiste, aunque no por el motivo, el agotamiento, agradeció el aviso y saludó mientras se la ponía e iba en dirección al pasillo de los ascensores. Salió por la puerta del vestíbulo que da a urgencias. El frío le espabiló y ya en el exterior se quitó la mascarilla, ansioso por degustar sin telas interpuestas la inspiración del aire de la calle, un aire renovado por la brisa nocturna y la ausencia de gentes en los alrededores. Apretó el paso para acortar su estancia a la intemperie y llegar cuanto antes a su dormitorio.

La puerta de entrada al parking estaba cerrada. En invierno siempre lo estaba para evitar que el viento helado de la noche encontrara cualquier resquicio para arrebatar parte del calor del cuerpo del que pasara por ahí. Esto sucedía porque el hueco de la escalera solía convertirse en el cauce de una incómoda corriente.

—"Las tres y treinta y cinco de la madrugada. ¡Vaya jornada! Otra más en mi largo historial de servicio" —se dijo a sí

mismo. Al salir por el hueco de las escaleras apretó la marcha. Sacó las llaves del coche y apuntó desde demasiado lejos con el mando a distancia. Las luces de emergencia no parpadearon, el coche no se abrió. Cuando iba a realizar un segundo intento creyendo haberse acercado lo suficiente algo llamó su atención. Al entrar en otro pasillo de coches había chocado de lleno con una escena escalofriante. La visión era tan extraordinaria que dudó un instante de sus sentidos. Se frotó los ojos y volvió a enfocar en la dirección donde temía volver a ver aquel horror. La ratificación que su sentido de la vista le brindó a punto le hizo caer hacia atrás. No lo hizo, se apoyó en un coche para sostenerse. Durante su larga carrera había visto mucha sangre, pero no la suficiente como para que la que tenía a dos metros de él no le impresionara.

Con los ojos como platos y con la respiración acelerada miró hacia todos lados. Frenético, se dio la vuelta temiendo encontrarse con el autor de aquello. No vio a nadie. Se calmó lo suficiente para poder sacar el teléfono y trató de marcar el número 091, pero su mano temblaba y no pudo conseguirlo en el primer intento. La segunda vez tuvo éxito.

—¡¿Policía?!

16.

Eran cerca de las cuatro de la mañana. Sonia dormía plácidamente, con la almohada sobre su cabeza, boca abajo. El teléfono empezó a vibrar y el ligero movimiento que generaba el mecanismo interior se repitió durante varios ciclos hasta que le sacó de aquel sueño que más tarde no pudo recordar. Antes de acostarse había activado el modo silencioso en su móvil; había seleccionado la opción de vibrar para que las ondas mecánicas le sacaran de su letargo en caso de recibir alguna llamada, que de madrugada no podía ser sino de emergencia. Su marido dormía hasta ese momento, y gruñó y masculló unas palabras de protesta por haberle despertado antes de volverse a dormir.

En la pantalla se podía leer Enrique. Era el Comisario. Aún a medio despertar supo que algo grave había ocurrido. Tragó saliva antes de contestar en voz baja, ya camino de la cocina.

—¿Si?

—Sonia...

—Soy yo — anunció mientras se frotaba los ojos. —¿Qué ocurre?

—Hola, siento levantarte a estas horas, pero tienes que vestirte e ir inmediatamente al parking de los hospitales. Tenemos un asesinato entre manos.

Sonia se acababa de convertir por primera vez en la responsable de una investigación de asesinato. Tardó unos segundos en asimilar la noticia y finalmente acertó a decir:

—... ahora voy para allá.

Afortunadamente no se daban muchos casos como ese en una ciudad tan pequeña como Pamplona. Llevar una investigación de un posible asesinato constituía para ella una gran responsabilidad y al mismo tiempo una buena oportunidad para demostrar sus capacidades.

—¿Cuánto tardas?

Sonia sabía que esa pregunta significaba que se tenía que dar prisa.

—Media hora, o tres cuartos como mucho.

—Date prisa. Ve a reunirte con el equipo de reconocimiento. Ya están de camino Jara y Jaime.

Jara y Jaime eran dos compañeros muy laboriosos. Serían de gran ayuda para lo que fuera les estuviera esperando en ese aparcamiento.

—Entendido. ¿Qué sabemos hasta ahora de lo que ha pasado?

—Nos acaban de dar el aviso. Un médico que volvía a casa después de la guardia se ha encontrado una persona muerta con evidentes signos de violencia. Es una mujer. Parece que la han matado a golpes... con un bate de béisbol. Creemos que trabajaba en el complejo hospitalario. De momento es todo.

—¿No es personal sanitario? Si lo era quizás el médico la hubiera reconocido...

—No lo sabemos. Por la hora que en que ha ocurrido podía salir de un turno de guardia. El que se la ha encontrado se ha largado a pedir ayuda, temía por su vida. Es una de las cosas que tendrás que averiguar. A veces las cosas no son lo que parecen. Hemos llamado al hospital, pero nos han dicho que los de administración no llegarán hasta las ocho. La que nos ha atendido era una suplente y no conoce a la mayoría del personal del centro. No des nada por sentado y céntrate en esclarecer los hechos y asegurar las pruebas.

—Entendido.

—Al final de la mañana me informarás de todo lo que hayas averiguado y espero presentes tus iniciativas. Venga, ¡muévete!

—Voy para allá —dijo a modo de despedida.

Pese a lo temprano y súbito del despertar, Sonia tenía la mente despejada y el cuerpo a tono. — "Asesinato en un parking... en el hospital, ¡qué raro!"

Tenía razón, era un suceso del todo extraordinario. De hecho, era la primera vez que sucedía algo así en ese lugar.

Mientras el brebaje estimulante, oscuro y caliente se preparaba en la cafetera Sonia se vistió y aseó. En apenas ocho minutos estaba en la cocina preparada y a punto de salir. Vertió el café en un vaso con revestimiento térmico, le puso la tapa y salió por la puerta de su casa.

Durante el trayecto su ser analítico le hizo pensar en la oportunidad que se le presentaba y a sentir cierta ilusión por la tarea que se le acababa de encomendar. Al fin y al cabo, ella había peleado duro por conseguir el puesto que ostentaba y, nada podía hacer por la víctima, salvo hacerle justicia y poner entre rejas al culpable.

Cuando llegó al área hospitalaria aún era noche cerrada. Los primeros rayos del amanecer no habían aparecido todavía en el horizonte. Dejó el coche cerca del Banco de Sangre y fue al trote hasta la cuesta por donde acceden los vehículos al aparcamiento. A través de la rampa llegó a la primera planta del sótano. Al alcanzar a la barrera que regula la entrada y salida sacó la placa y saludó escuetamente a un agente que hacía guardia junto a la misma. Otros dos policías uniformados se encontraban cerca de la entrada principal del parking, junto a la cabina de control situada en la primera planta. Sonia se dirigió a ellos y preguntó por el paradero de sus compañeros. Señalaron hacia el extremo oriental a la vez que le daban indicaciones precisas oralmente.

Sonia se fue directa a hablar con Jara y Jaime, que se encontraban en los alrededores del lugar donde habían encontrado a la víctima.

Jara tenía varios años de experiencia, en varios destinos, incluido Madrid, y estaba muy curtida en protocolos de actuación y en intervenciones. Pasaba la cincuentena, pero la edad no le había quitado facultades, así que brindaba un apoyo muy útil dada su veteranía. Resolutiva y con nervios de acero, Jara era la compañera que cualquier miembro de la brigada quiere tener a su lado si hay que sacar la pistola y disparar. Jaime sin embargo era novato, llevaba en la unidad tan sólo unos meses. Era un hombre conciliador, respetuoso, muy laborioso y concienzudo, y tenía una inclinación natural a jugar en equipo, por lo que hacía de buen gusto cualquier cosa que se le pidiera. Era fácil trabajar con él y eso siempre era de agradecer en un trabajo como ese. Era el más joven del grupo de agentes que trabajaban con Sonia. Soltero y recién cumplida la treintena, Jaime era uno de esos hombres modernos que siempre van a la moda. Cuidaba mucho su físico; acudía regularmente al gimnasio, se ponía a diario cremas cosméticas, y siempre salía de casa bien perfumado. Le gustaba viajar con un par de iguales a ciudades cercanas los fines de semana, Logroño, Vitoria, Zaragoza...

—Hola...

Ambos saludaron escuetamente. Sonia observó a lo lejos unos instantes el motivo que le había llevado allí antes de dirigirse de nuevo a sus compañeros:

—¿Qué sabemos? ¿Quién es?

—Se llama Edurne García Izu, según pone en su DNI.

—¿Testigos?

—De momento el médico que avisó y el guarda del parking, pero no vieron nada. Al guarda lo dejaron fuera de combate.

—¿Fuera de combate? —preguntó Sonia sorprendida y llena de curiosidad.

—Sí, noqueado. ¡Vas a alucinar!

—¿Y las cámaras? ¿Qué sabemos? ¿Funcionan?

—¿Las cámaras? Será mejor que lo veas tú mismo — contestó Jaime.

Jaime acompañó a Sonia hasta la más cercana al lugar donde se encontraban, situada a menos de seis metros en dirección opuesta a la de la puerta principal. La habían rociado generosamente con un pulverizador de pintura negra a presión.

—¿Están así todas las demás?

—No, sólo las que podían tomar alguna imagen del área donde está el cadáver.

—El gerente del parking nos ha dado acceso a todo el equipo de grabación y reproducción —añadió Jara.

—¿Dónde está ese equipo?

—En la cabina de control, la situada cerca de la entrada. Iba a empezar a revisar las grabaciones cuando has llegado.

—Espera, antes prefiero estudiar a la víctima y el lugar donde ha muerto. Jaime, tú dirígete al hospital y averigua si trabajaba ahí. Si es así entérate de todo lo que puedas, especialidad, hora de salida, compañeros, chismorreos, ya sabes, cualquier cosa que pueda sernos útil. Y cuando tengas un hueco pide el registro de llamadas del móvil de la víctima. A ver si encontramos algo. ¡Ah! Y pide los antecedentes, a ver que nos encontramos.

—Acaban de mandármelos... poca cosa. Una condena por conducción bajo los efectos del alcohol. Fue hace seis años, por lo demás, está limpia.

Sonia asintió. — Muy bien Jaime, gracias.

—Bueno... me voy al hospital, os llamaré cuando sepa algo. — Jaime dio media vuelta, se dirigió a la escalera y se fue a cumplir con su cometido.

Mientras veía cómo Jaime se alejaba Sonia compartió sus pensamientos con Jara. —El espray indica premeditación. ¿Te queda alguna duda? ¿Qué opinas? ¿Homicidio o asesinato?

—Si no es un asesinato, me afeito la cabeza. ¡Míralo tú mismo!

—... veamos el cadáver.

Agentes de la Unidad Científica estaban tomando muestras y fotografías del lugar donde había aparecido el cuerpo sin vida de Edurne, a unos treinta metros de la entrada al subnivel uno.

El panorama era aterrador. Literalmente poco quedaba de la integridad del cráneo de la víctima. Los ojos de aquella mujer permanecían a medio abrir y tenía la boca ligeramente abierta. En su tez pálida y sin vida había quedado esculpido el miedo y la tristeza que había sentido durante los últimos instantes de su existencia. Un charco de sangre, densa y estática, de brillo mate, rodeaba toda la parte superior del cadáver y se extendía hasta rodear la rueda de uno de los coches que rodeaban aquella área.

—Asesinato.

—Blanco y en botella.

—Múltiples golpes con objeto contundente —murmuró Sonia para sí misma. — Si hubiera sido un homicidio no hubiera habido ensañamiento ni las cámaras estarían como están. ¡Por Dios! Está completamente destrozado.

Parte del encéfalo había salido y estaba esparcido por el suelo, dándole a la escena un aspecto todavía más terrorífico.

El asidero de un bate de béisbol sobresalía por debajo de uno de los coches.

Sonia se agachó para observarlo de cerca. La sangre impregnaba la madera, pero estaba distribuida irregularmente: el extremo distal estaba cubierto de rojo, el de la empuñadora estaba impoluto; unos veinte centímetros permanecían inmaculados. Lo había asido con las dos manos. No fue casual. Por el

estado del cráneo el responsable de aquella muerte sabía cómo propinar un golpe con aquel bate. Por el resultado, el asesino exprimió hasta el último Newton de fuerza a aquel artículo deportivo transformado en arma letal.

—¿Habéis tomado fotos a todo esto? — preguntó a los dos agentes de la científica que se encontraban recogiendo muestras de la víctima y de los materiales presentes en los alrededores.

—Sí.

Pese a la respuesta Sonia hizo fotografías del cuerpo, bate y de los coches desde varios ángulos con una cámara digital.

—¿Huellas?

—Algunas, pero no hemos terminado.

Sonia se puso unos guantes y se agachó hasta casi tocar el suelo con la mejilla. Iluminó debajo del coche con una pequeña linterna que llevaba en su chaqueta. Aquel trozo de madera presentaba en su superficie algo que no pasó desapercibido a ojos de la inspectora. Pudo ver el brillo de unos cabellos en el extremo... parecía que le había arrancado algún pedazo de cuero cabelludo.

—¿Cuál será el motivo? —preguntó Jara.

En ese momento se levantaron del suelo David e Idoia, los dos agentes de la científica que cuando llegaron se encontraban en plena faena.

—¿Falta algo? —les inquirió Sonia.

—¿A qué te refieres? —replicó Idoia.

—... a que si le han sustraído algo.

—En el bolso de la víctima no estaba la cartera. Ésta la encontramos unos metros más allá, en dirección a la salida — describió David.

—Tomamos las huellas, recogimos muestras de ADN, y la metimos en la bolsa de pruebas —dijo Idoia a la vez que señalaba a la caja donde guardaban todo lo que habían recogido, situada a unos metros, sobre el suelo asfaltado.

—¿Tarjetas de crédito? ¿DNI?

—Está todo.

—¿Metálico?

—De eso no hay nada.

—¿No llevaba dinero encima?

—No hay ni un solo billete — aseguró David.

—Puede que le quitara todo lo que llevaba —sugirió Idoia —es lo único que no hay. Lo demás sigue ahí, maquillaje, compresas, pintalabios, teléfono...

—Si la razón de esto es un robo me llevaría la mayor sorpresa de mi vida — dijo Jara.

—Apuesto a que no... aunque, ¿por qué sacar y después tirar la cartera, si no ha cogido nada antes? Seguro que lo hizo. Le quitó el dinero y se largó —sentenció David.

—Habrá que echar un vistazo a su extracto bancario — dijo Jara.

—Pediremos los movimientos al banco, y habrá que preguntar a las personas que le conocían, a ver si era de esas que nunca llevaba dinero en la cartera —indicó Sonia —quizás no se llevó sólo el dinero...

—¿Y si el asesino necesitaba pasta? Por el motivo que sea...— propuso Jara.

—Puede que necesitara dinero ¿por qué no? —concordó Idoia.

—Podría ser importante, quizás nuestro asesino esté sin blanca — comentó Sonia.

—Tiene que haber alguna explicación —intervino David —después de hacerle esto, buscar la cartera, sacar la pasta y tirarla... ¿perder tiempo para escapar, por cuatro pelas?

—Quizás no fueran cuatro pelas —dijo Jara.

—O puede que fueran cuatro pelas para nosotros, pero no para el asesino... —elucubró Idoia.

—Jara, llama al servicio de taxis y pregunta si alguien ha cogido un taxi en esta zona a la hora del crimen, no creo que sea tan estúpido, pero en caso afirmativo, habrá pagado en metálico y tendremos una explicación a lo de la cartera... — dijo Sonia. —Con suerte habrá cometido ese error y obtendremos una descripción de su apariencia física. David, Idoia ¿habéis terminado?

—Hemos cogido muestras de la víctima y de los alrededores. Hemos barrido toda esta área donde la mató —dijo señalando con el dedo —. Hay pelos, escupitajos, chicles, de todo. Hay un montón de huellas por todas partes. Esto es un parking...

—¿Entonces?

—Aún nos queda trabajo, nos quedan los coches, podríamos encontrar evidencias en cualquiera de ellos...además nos falta analizar el bate. Estábamos esperando a que llegaras y vieras todo antes de procesarlo — le explicó David.

Sonia no hizo más preguntas y dejó a los dos agentes de la científica centrarse en su trabajo. Necesitaría toda la información y las pruebas más adelante.

Jara se encontraba a dos metros hablando por teléfono. Sonia esperó a que terminara. Antes que pudiera decir algo Jara se adelantó.

—Los del servicio de taxis dicen que han recibido varias llamadas a esa hora, pero ninguna de esta zona o las aledañas.

Ambos se alejaron en dirección a la cabina de control y seguridad.

—Jara, ¿qué hay de las plantas inferiores?

—No hemos tenido tiempo de bajar, pero hemos mandado a dos agentes para hacer un reconocimiento visual, a ver si ven algo fuera de lo común.

—¿Les has indicado que se fijen en las cámaras?

—Explícitamente.

—Bien.

En eso momento vieron a dos policías en uniforme que salían por el hueco de las escaleras. Se acercaron a ellos y estos les informaron de que en las plantas inferiores no habían visto nada que pudiera tener relación con lo acontecido en esa planta. Las cámaras estaban intactas, y todo lo demás en su sitio. Habían contado veintitrés coches y dos motos aparcadas. No añadieron nada más.

Sonia y Jara decidieron quedarse en la planta superior y echar después un vistazo por sí mismas. Tenían que priorizar sus actuaciones.

—¿Vamos a ver esas grabaciones? —sugirió Jara.

—Bien, a ver qué nos encontramos...

En la cabina estaba el de mantenimiento. Le habían realizado un reconocimiento y los sanitarios se iban en ese mismo instante. El empleado del parking había pedido quedarse para ayudar a la policía, y los sanitarios tras comprobar que aparentemente se encontraba bien le permitieron hacerlo.

Sonia se dirigió a la única persona con vida que había tenido contacto con el asesino.

—¿Cómo se encuentra?

—Me duele la cabeza, pero creo que se me pasará pronto, me han dado unas pastillas para el dolor.

—Oiga, podemos hablar en otro momento, quizás no se aconsejable...

—Me encuentro bien, quiero ayudarles.

—De acuerdo, cómo quiera... voy a hacerle algunas preguntas, ¿está en disposición de contestar?

Aquel hombre alto y delgado, bien entrado en los cincuenta, asintió con lentitud. Parecía desorientado. Sonia dudó unos instantes, temiendo que el testigo se desmayara, pero dadas las circunstancias decidió probar suerte. Al fin y al cabo, estaba junto a un hospital.

—¿Recuerda haber visto a alguien o algo que le pareciera fuera de lo común antes de que le atacaran?

—Lo de siempre, gente que sale del trabajo, en el hospital, para volver a casa.

—¿Pudo ver a su agresor?

—No vi nada. Me atacó por detrás —el trabajador contestaba con lentitud pero con claridad.

—¿No le oyó acercarse?

—No. Llevaba puestos los auriculares, escuchaba la radio.

—¿Diría que era fuerte?

—No lo sé. Estaba caminando y sentí un dolor muy fuerte. Es lo último que recuerdo.

—Dónde le golpeó.

El veterano trabajador señaló a su mandíbula, en la parte de la inserción con el cráneo.

—¿Está rota?

—Me han dicho que no, pero me duele mucho.

—¿Tiene una idea de la hora que era cuando le atacaron?

—Acababan de dar las noticias de las tres. Creo que serían alrededor de las tres y diez, o tres y cuarto.

—¿Cuándo recobró el conocimiento qué es lo que vio?

—A uno de sus compañeros. Me liberó.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí?

—Más de diez años.

—¿Ha notado algo raro estos días? Alguien que haya estado varias veces, husmeando, alguien que le resultara sospechoso...

—Esto es un hospital. Por aquí pasa todo tipo de gente. Todos los días se ve gente rara...sin ofender.

Sonia tomaba notas en una libreta —De acuerdo. Es todo por el momento. Le agradezco mucho su cooperación...oiga ¿por qué no se va a su casa?

—No. Antes les ayudaré con las cámaras. Díganme que quieren ver.

Sonia accedió. —¡Está bien!

El dolorido operario se sentó ante las múltiples pantallas, introdujo algún tipo de clave de acceso y comenzó a toquitear con el ratón el ordenador de control.

—¿Cuál es la cámara que usted cegaría primero? Me refiero a... ¿cuál es la que puede verse desde cualquiera de las otras cámaras?

El de mantenimiento se quedó pensativo. — Supongo que la de la entrada, desde la calle, cubre la rampa por donde bajan los coches. No se puede acceder a pie. Está prohibido — respondió con seguridad.

—Póngala, por favor — solicitó Jara.

La cámara seguía funcionando y se podía ver la rampa de acceso, así como la referencia temporal.

—Ponga lo que se veía a las 2.30 de la madrugada —solicitó Sonia.

El operario hizo lo que se le pedía.

—Avance a ocho veces la velocidad normal de reproducción —pidió Jara.

Los segundos que mostraba el reloj digital de la pantalla se movían velozmente. Al alcanzar las dos y cuarenta y dos apareció en la rampa alguien vestido de negro. Se podía ver cómo se movía rápidamente hasta que llegó a la esquina. Allí flexionó sus piernas y se asomó por la esquina con sumo cuidado. Llevaba puesta una gorra y lo que parecía una mascarilla. Instantes después desaparecía del campo de visión de la cámara

—Rebobine —dijo Sonia.

El reloj volvió a discurrir hacia atrás.

Ahí estaba. Era un hombre, según dedujeron por la fisionomía de la cadera y de las piernas, por su forma de moverse. Atlético y ágil. Llevaba puesta una visera y miraba hacia el suelo en todo momento, por lo que no pudieron ver la mitad superior del rostro. Tampoco pudieron distinguir sus facciones inferiores, ya que llevaba una mascarilla quirúrgica que le cubría la parte inferior de la cara. De esa grabación no pudieron sacar ni un fotograma útil para una identificación, aunque sí lo era para establecer el perfil general del sospechoso.

Tras observar lo recogido por la cámara que enfocaba a la rampa pasaron a analizar las grabaciones de las otras, una por una.

La siguiente fue la que enfocaba a la cabina de seguridad. El operario programó la hora de visualización a las 2.15 a.m., siguiendo las instrucciones que le dio Sonia. Seguidamente movió el ratón con lentitud hasta colocar el cursor sobre el "*PLAY*". Al apretar el botón izquierdo del ratón las imágenes

se pusieron en marcha, después clicó sobre el icono del "*FWD*" y el segundero avanzó significativamente más deprisa.

Cuando vieron, a alta velocidad, al de mantenimiento dirigirse hacia el baño, éste volvió a apretar sobre el triangulo y la grabación comenzó a reproducirse a velocidad real, los segundos volvieron transcurrir en idéntico tiempo. Contemplaron entonces la pantalla, vacía de movimientos durante seis largos minutos. El hombre que en esos momentos manejaba los controles de los reproductores de las grabaciones volvió a aparecer por donde había desaparecido minutos antes. En un abrir y cerrar de ojos, alguien se acercó por detrás como un rayo y le propinó un golpe en el lateral de la cabeza con un bate de béisbol.

Cuando se vio a sí mismo recibiendo el impacto apartó la mirada y apuntó con la barbilla hacia Jara. No pudo evitar sentirse mal. La mandíbula pareció que comenzaba a dolerle más. La visión de la agresión que había sufrido provocó en él una reacción inesperada. Se levantó torpemente, osciló hacia adelante y hacia atrás, justo antes de que Jara lo agarrara. A punto de desmayarse apoyó su peso sobre ambos policías, que lo sacaron al exterior de la cabina. Nada más sentarlo comenzó a vomitar. Jara llamó a emergencias, y esperaron a que llegaran los sanitarios y se llevaran al comprometido ciudadano antes de continuar.

Volvieron a retrasar la grabación al momento en que el agresor se acercaba por detrás al operario que acababan de llevarse.

—Mira cómo se acerca con cuidado de no hacer ruido, pero muy rápido.

—Síií —comentó Jara pronunciando una "i" larga, de más de un segundo de duración —¡Fíjate cómo tiene agarrado el bate!, lo tiene cogido por el medio —puntualizó señalando con el dedo.

—Controló la fuerza del golpe.

—¿¡No quería matarle!? —exclamó Jara sin creer lo que veía.

—Parece que tenemos en ciernes a alguien que sabe manejar armas de madera.

—Quizás lo hizo inconscientemente.

Tras desplomarse, la pantalla mostraba como el agresor le colocaba al operario las manos detrás y se las ataba rápidamente con una brida. Le giraba la cabeza con delicadeza y parecía quedarse observando algo unos segundos. Seguidamente ponía su oreja junto a la nariz del agredido, que yacía inconsciente. Entonces le incorporó, le metió algo en la boca y rodeó con cinta americana a la altura de los labios. Se podía ver como miraba alrededor para inmediatamente después arrastrarlo hasta meterlo dentro de la garita. Allí terminó de inmovilizarlo. Aunque no se veía, ambas dedujeron que le colocó otra brida a la altura de los tobillos justo antes de meterle en un cuarto interior, de esos donde se guardan herramientas y demás utensilios.

—¿Por qué se ha agachado?

—Yo diría que para cerciorarse que respiraba —replicó Jara.

—Primero lo ha observado unos segundos. ¿Para ver si sangraba por la nariz?

—Yo diría que sí. Se ha tomado muchas molestias para evitar hacerle un daño permanente.

—Sí...hubiera sido más rápido y seguro acabar con él. ¿No crees que corrió mucho riesgo para no matarle?

—Sin duda, un asesino profesional no haría eso. El golpe podría no haberle dejado inconsciente. No se habría arriesgado.

— Y la posterior inmovilización le hizo perder mucho tiempo.

Volvieron a ver el video otra vez más.

—Está claro; no mata indiscriminadamente.

—Desde luego, si no fuera así el de mantenimiento estaría ahora mismo en la morgue y no en el hospital.

—Tiene un motivo personal —sentenció Sonia.

—Ya empezamos a saber cosas de él.

Jara colocó el cursor sobre la barra de desplazamiento horizontal del programa reproductor de vídeo, buscando una secuencia determinada — Mira, lleva puestos unos guantes.

Continuaron con las grabaciones de las cámaras que enfocaban hacia la zona donde habían ocurrido los hechos. Repitieron el procedimiento, tal y como lo había hecho el operario antes de colapsar. Programaron la cámara que querían ver y la hora, una hora antes, triángulo y "FWD". Se veía a unas pocas personas transitando hacia sus vehículos, gente que sacaba sus coches pero ninguno llegó para dejarlo.

—No era la hora de un cambio de turno...

—Habrá que mirar las cámaras de otros días por si el asesino había hecho un seguimiento a la víctima —susurró Sonia —y, en su caso, para localizar testigos que puedan darnos una descripción. Quizás encontremos a alguno en las grabaciones.

—Sí. También habrá que sacar de la base de datos de tráfico los nombres de los propietarios de los coches. No creo que encontremos nada pero habrá que hablar con ellos —añadió Jara mientras continuaba mirando las imágenes.

—Va a ser un trabajo laborioso. Con suerte habrá sido descuidado y lo pescaremos.

En todas ellas, excepto en la que apuntaba a la cabina y la de la entrada, se veía cómo súbitamente una mano aparecía de la nada y cegaba la cámara con algún tipo de espray.

—Pasemos lentamente lo que aparece en esas cámaras a ver qué se ve. La nueve y la diez —dijo Sonia.

Jara preparó la grabación y la reprodujo desde poco antes que apareciera el sospechoso. Fue pasando fotograma a fotograma. En la nueve sólo se veía la mano, pero en la diez se veía en un lateral de la pantalla cómo alguien con una mascarilla, y una gorra de béisbol, se colocaba por detrás del visor momentos antes de que la mano apareciera y las llenara de tinte.

—Es él, pero la resolución es pésima —se quejó Jara en voz baja.

—Pásalo lentamente, a ver si le vemos la cara por un casual...

Jara hizo lo que le pedía.

—Nada. Tuvo mucho cuidado. Sabía dónde están colocadas. Lo tenía bien planeado.

—Sí, sabía que le veríamos desde la cámara situada en la entrada, y en la que enfocaba a la cabina. Y tuvo cuidado de que no le enfocaran a la cara.

—¿Por qué no hizo lo mismo que en las otras? ¿Crees que quería que le viéramos?

—No estoy segura. La de la entrada está claro que no la cegó porque estaba el de mantenimiento y le hubiera visto hacerlo. Pero la de la cabina...le dio tiempo, quizás escuchó algún ruido, se asustó y se escondió. ¿Quién sabe?

—Están cegadas las que tienen campo de visión hacia el lugar donde la ha matado.

—Pero no las otras dos, desde las que no se puede ver nada de lo que ha sucedido.

—¿Por qué hacer eso? No le encuentro el sentido.

Ambas policías se quedaron meditando sobre el hecho.

—¡Quería que ella le viera la cara! — concluyó Jara.

Sonia miró a su compañera — ¡La conocía!

—Cegó las cámaras para quitarse la gorra y la máscara antes de matarla.

—Lo preparó. Sabía dónde estaba el coche. Estuvo aquí antes. Localizó el coche y volvió a la hora en que salía.

—Tenemos que saber a qué hora entró a trabajar.

—Me pregunto, ¿cómo sabía a qué hora saldría?

—Puede que fuera de su círculo, alguien que trabaja con ella.

—O que trabajó con ella.

—La vigilaba. Yo creo que la esperó a que saliera del hospital. Lo sabremos cuando revisemos las cámaras del exterior. No me sorprenderá nada verlo fuera, acechando a su presa.

—Pero si no la vigilaba, es posible que sea uno de los que trabaja con ella.

—En ese caso, si salió después de ella y la siguió, nos lo habrá puesto fácil. Demasiado sencillo. No lo creo, pero habrá que comprobar las horas de los fichajes de salida de todo el personal que haya trabajado esta noche y cotejarlo con los videos del exterior del hospital.

—Si trabajara en el hospital podría haber estudiado la disposición de las cámaras a placer. Sólo tenía que aparcar en esta planta en unas pocas ocasiones.

—Y hubiera conocido de primera mano los horarios y costumbres de la víctima.

—También puede trabajar cerca. No tiene por qué ser un empleado del complejo hospitalario.

—Hay hoteles, restaurantes y colegios en los alrededores. Va a ser como buscar una aguja en un pajar. Necesitamos algo para restringir esa búsqueda.

Sonia se quedó pensando en ello y dedujo —tendremos que ir por descarte al principio, si tenemos suerte será algo pasional y lo detendremos con facilidad.

—Si no...

—Si no...vamos a pasar muchas horas cotejando los exteriores del hospital y las salidas de los empleados, y con el cuidado que ha tenido dudo mucho que lo atrapemos gracias a las tomas del exterior o del parking.

—Pero tenemos que hacerlo, ¿no? — se lamentó Jara, que conocía la respuesta.

Sonia asintió.

El teléfono de Sonia comenzó a reproducir una canción de los años noventa. Esta lo sacó de su bolsillo trasero y miró la pantalla. Era Jaime.

—Hola Jaime, ¿qué tienes?

—Estoy con una de administración. Trabajaba en la planta de oncología. Ha entrado a las 14.00. Tenía una paciente en estado crítico. Ha salido a la hora en que le ha podido dejar en manos del equipo de guardia.

—¿Ha salido acompañada? ¿Ha terminado a la misma hora algún compañero suyo?

—Ha salido sola. De esta planta no le acompañaba nadie. Pero puede que coincidiera con alguien de otra especialidad en el exterior.

—Gracias, ¿algo más?

—De momento es todo. Iba a echar un vistazo a su taquilla.

—Muy bien, buen trabajo, continúa a ver que más puedes averiguar —Sonia colgó a continuación.

—Jara, veamos qué nos enseñan las cámaras antes de esa hora.

Jara programó la reproducción de la cámara más cercana al coche de la víctima a las 13.30. Al empezar la reproducción se podía ver otro vehículo que salía a las 13.37. A las 13.45 llegaba Edurne, aparcaba y se dirigía a las escaleras directamente. Ni rastro del asesino.

Los minutos pasaron sin que pudiera divisarse nada fuera de lo común.

—Prográmalo una hora antes. Busquemos a gente con gorra, que no se le vea la cara, o a alguien que pase varias veces por el mismo sitio.

Los días siguientes examinaron todas las cámaras del parking a distintas horas del día. El análisis fue laborioso y detectaron a varias personas con mascarilla y gorra. Sin embargo, o no coincidía en la complexión, en la altura, sexo, o en cualquier otra característica que los hacía claramente descartables. Si había ido al aparcamiento lo había hecho a cara descubierta. Podía ser cualquiera. Era un callejón sin salida.

17.

Sonia se levantó, se puso el pelo en coleta y unos pantalones bien ceñidos, y tras un ligero desayuno se dirigió a Jefatura. Conforme cruzaba el umbral del edificio pudo sentir la atención silenciosa que le dedicaba uno de sus compañeros que había cubierto el turno de noche, escaneándola cuando creía que ella no se daba cuenta. Él trató de disimular a su paso, pero ella no se molestó porque no le pareció descarado. Sonia conocía bien a los hombres y era bien consciente del imán que constituía su renovado atractivo para su instinto. Hacía ya tiempo que se había acostumbrado a su forma de ser, así como de la reacción que el atractivo de una mujer provoca en muchos de ellos. Así que encajaba bien las bromas y los desfases de sus compañeros, siempre que no fueran soeces, malsonantes o con segunda intención.

El ambiente de trabajo dependía de saber manejarse con las peculiaridades de los demás y de tolerar sus defectos. Ella lo hacía bien, por lo que había encajado a la perfección en la Brigada. Sus compañeros apreciaban su mente abierta y cercanía en el trato, así como su profesionalidad y compañerismo. Todo ello hacía que Sonia fuera popular entre sus compañeros.

Al finalizar aquella mañana Enrique Marín aguardaba la llegada de Sonia en su despacho. Éste estaba decorado con simpleza y con gusto refinado aunque austero. La insignia nacional presidía la habitación bien iluminada y espaciosa. Una estantería repleta de libros y archivadores sostenía en sus estantes condecoraciones e insignias. Dos cómodas butacas acolchadas y tapizadas con cuero estaban colocadas frente a una idéntica a la usada por Enrique y separadas por una amplia mesa de madera de nogal.

Enrique era un hombre bajito y canoso, muy bien instruido, sagaz, de buenos modales y culto. Muy exigente y celoso del derecho, era fácil trabajar con él. Entre sus virtudes se encontraban el saber escuchar y que en la medida de sus posibilidades siempre cuidaba de su gente. Hombre de una gran vitalidad estaba casado en segundas nupcias y tenía cuatro hijos surgidos de ambos matrimonios. Su actual esposa era doce años más joven que él, una profesional de la salud con la que compartía una vida cómoda y estable. De carácter recio, era a su vez flexible. Raramente levantaba la voz, pero cuando lo hacía, los que lo conocían bien guardaban silencio, pues Enrique pecaba de un defecto notorio. Cuando se enfadaba intensamente, una vez superado un umbral de frustración excesivo, un proceso continuo, lento pero constante e irrefrenable de posesión por la cólera se ponía en marcha. Se volvía una persona irracional y desagradable, tiránica, y podía llegar a las manos si se le retaba o faltaba al respeto en esos momentos. Afortunadamente para todos, sobre todo para él, en muy pocas ocasiones se superaba ese umbral. Pese a dicha imperfección de su personalidad, Sonia se sentía afortunada de tenerle como superior. Se podía decir que era la antítesis a la anterior responsable del Grupo de delitos violentos que según la opinión mayoritaria era una verdadera harpía. Apodada "la bruja" por sus subordinados, trabajar con ella constituía una experiencia laboral que bien podría calificarse de punitiva. Era *vox populi* entre los agentes que servían bajo su mando su carencia absoluta de escrúpulos y el estilo afilado y tramposo que imprimía a sus acciones, sin importar quién, ni cuándo ni cuánto se viera atrapado en sus tejemanejes. Era toda una líder; endosaba sus fracasos a los demás y se apoderaba de los éxitos, que sucedían gracias a sus aportaciones. Famosas eran sus canalladas, cantadas entre sus subordinados en lugares de luz tenue y vapores alcohólicos. La psicóloga había tenido que emplearse a fondo en varias ocasiones y había firmado varias bajas como consecuencia de la presión ejercida por ella. Pero ya era agua pasada, se había largado, un traslado la alejó de su destino. Más por las heroicidades que le habían llegado al oído

que por su propia experiencia, Sonia se alegraba de haberse librado de su estimulante compañía, aunque no lo suficiente.

En cuanto a Enrique, tenía bien interiorizado su cometido; llevar a los responsables ante la justicia. Esa era su realidad. Esa parte tan deleznable de la naturaleza humana era su cotidianidad, su trabajo, descubrir la identidad de los autores de allanamientos de morada, robos con agresión, homicidios, violaciones y asesinatos, y llevarlos ante el juez, procurando en la medida de sus posibilidades que los culpables pagaran por sus acciones. Para conseguirlo tenía que encontrar las pruebas que permitieran al juez o a los magistrados la imposición de una condena, y esta era la parte difícil y esencial en la que Enrique destacaba como policía.

Algunas veces su memoria le traía variados recuerdos de demasiadas víctimas del pasado y de sus familiares, de sus compañeros, de lo increíble y pavoroso que rodea a veces las vidas de aquellos que la fortuna decide no visitar.

Enrique había pasado la media centuria hacía ya varias navidades y el único trabajo que había tenido en toda su vida era el de policía. Tanta experiencia había dejado en su mente innumerables recuerdos que afloraban en cualquier circunstancia, provocados por el tono o tema de una charla, de una sospecha, la lectura de un informe, por cualquier similitud con una situación vivida durante su intenso pasado. Recuerdos nítidos en los detalles. Tanto que a veces detestaba tener esa memoria prodigiosa. La ausencia de inocencia y esos recuerdos habían esculpido sus cejas y párpados, el gesto de su boca y hasta su pose. Su mirada penetrante parecía introducirse en la mente de aquel a quien estudiaba. En su rostro podía adivinarse la perspicacia y sagacidad de aquel curtido policía.

Aquel día llegó al trabajo tras una visita al dentista y se encontraba incómodo. La anestesia persistía y el labio superior de uno de los hemisferios de la cara estaba hinchado por la inyección de uno de esos fármacos anestésicos de la familia de la lidocaína. Le habían practicado una endodoncia de una de

las piezas ancladas al maxilar superior. La intervención había durado dos horas. Enrique no obstante estaba relativamente contento, pues no había sentido dolor. Había cambiado de dentista no hacía mucho por haberse jubilado al que solía acudir durante más diez años. El caso es que haber pasado dos horas sin dolor alguno mientras le vaciaban los conductos blandos de uno de sus premolares era toda una novedad. Anteriormente siempre sufría, aunque fuera un poco, y es que su boca había sido fuente de sufrimiento desde que era pequeño, era uno de sus puntos débiles. Pero este nuevo dentista era excepcional, por no notar no había notado ni el pinchazo de la anestesia, de modo que cuando acudía se sentía relajado al sentarse en la butaca reclinable.

Pese a la desgana que le producía su estado, desde que llegó a la oficina Enrique se ocupó de repartir el trabajo nuevo y de revisar lo avanzado en varios casos de robos con violencia. De modo que entre lo uno y lo otro, no pudo dedicar su atención al crimen del parking que llevaba Sonia. Se reunió expresamente con ella para estudiar los hechos y planificar la investigación a última hora, poco antes de irse a comer. En realidad, ya conocía la mayor parte de la información del caso, pero quería evaluar además el desempeño de su subordinada.

—¿Qué tal estás Sonia? — le preguntó al mismo tiempo que tomaba asiento.

—Bien, gracias.

—Cuéntame, ¿cómo va el caso del parking?

Sonia explicó entonces a grandes rasgos qué se habían encontrado al llegar, qué hicieron y qué sabían. Terminó describiendo los pasos que había dado el asesino, cómo esperó a que el de mantenimiento saliera de la sala de control y cómo le sorprendió por detrás con un golpe certero, rápido y calculado para no hacerle demasiado daño. También le detalló el cegado de las cámaras; cómo fue cámara tras cámara, cegándolas con

un spray poco antes del asesinato, y terminó por revelarle la teoría de por qué había rociado unas y no todas.

—Entendido, ¿qué es lo que sabemos de quién lo hizo?... y dime también qué opinas de todo el asunto, quiero decir en general, ¿cuál es tu impresión?

Tras una breve descripción de la víctima Sonia se centró en lo que ella estimaba más relevante: —Varón de mediana edad, entre los treinta y cuarenta y cinco años probablemente, blanco, ágil, metódico, ¿qué opino?... bueno... para mí es evidente que el asesino no mata indiscriminadamente...no creo que sea un psicópata, estoy convencida de que tiene un motivo personal para matar.

—¿Por qué?

—Por lo que hizo al vigilante, o mejor dicho, por lo que no le hizo. No lo mató y tampoco lo maltrató más allá de lo estrictamente necesario para alcanzar su objetivo.

—Pudo ser casual. Quizás no lo mató por otro motivo que ignoramos.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque le golpeó solo con la fuerza suficiente para dejarle fuera de combate.

—Eso podría interpretarse como una opinión. ¿En qué te basas para afirmar eso?

—Para mí no hay duda. Se tomó muchas molestias para no matarle, y además, corrió riesgos —añadió Sonia —. En primer lugar, cogió el bate de béisbol por el medio, eso significa que no quería imprimir demasiada fuerza al golpe. Si no le hubiera importado el destino del vigilante hubiera cogido el bate por el extremo y le habría descargado un golpe terrible o varios, con lo que se habría ahorrado tiempo y el riesgo de ser descubierto mientras lo maniataba. En lugar de hacer eso le dio un solo